Comedias



D. GUILLERMO CASES

Caricatura de TOVAR

JUAN JOSÉ LORENTE El dulce veneno

El Hada del frío **JUAN LÓPEZ NÚÑEZ**

50 céntimos.

NUM. 81 — 3 DE SEPTIEMBRE DE 1927 — AÑO II

COMEDIAS

REVISTA SEMANAL

Rodríguez San Pedro, 26 — MADRID — Apartado 8.036

Talleres Poligráficos, S. A., Ferraz, 72.—Madrid.

JUAN JOSÉ LORENTE

El dulce veneno

COMEDIA EN TRES ACTOS ORIGINAL

Estrenada en el Teatro Reina Victoria el 17 de abril de 1927

REPARTO

PERSONAJES	ACTRICES
ALICIA	Juanita Solano.
RUPERTA	Dolores Cortés.
KETTY	Gloria Martín.
CASILDA	Amelia Sánchez.
PILARIN	María Cuevas.
CLARA	Josefina H. del Río.
FRANCISCO	Ricardo Simó-Raso.
LAINEZ	Pedro Zorrilla.
LUCIO	Adolfo H. del Río.
MIGUELITO	Arturo Marín.
MANOLO	Casto G. Cortés.

La acción en Zaragoza.—Epoca actual.

ACTO PRIMERO

Hall de una «villa». Puerta al fondo con forillo de terraza y jardín. Puertas laterales. Lujo chillón. Un piano.

RUP. *(En kimono, muy pintarrajeada. Timbre.)* ¡Jesús, qué domésticas tan poco domésticas! *(Timbre. Clara en la izquierda.)*

CLA. Señora...

RUP. Clara, que me estoy deshaciendo la yema... Te llamo... y no vienes.

CLA. Perdone la señora. Es que...

RUP. ¿El señor, pernozta aún?

CLA. No creo que tenga ese vicio.

RUP. Quiero decir, si duerme todavía.

CLA. Para hablar con la señora, hay que comprarse un «dicionario».

RUP. Finura natural. Hasta hace poco, hemos vivido fuera de nuestra salsa. Pero desde que el señor lo hicieron hombre público, nos relacionamos con lo mejor de la urbe. Y mis tés llevan más ruido que Barceló por la mar...

CLA. ¡Menuda longaniza traen hoy los periódicos hablando de esta casa!

RUP. No he leído nada. Tráeme los rotativos.

CLA. Volando, señora. *(Desaparece por la izquierda.)*

RUP. Yo he nacido para brillar. Lucio me tenía arrinconada; pero lo que es de Dios, a su casa se vuelve. Y metida en el gran mundo estoy. ¡Pero vamos, metida con calzador! *(Lucio por la derecha, en pijama, con muchos periódicos.)*

LUCIO. ¡Ruperta! Dame un abrazo.

RUP. *(Melosa.)* ¡Tonto!

LUCIO. ¡Qué digo uno! Diez, cuarenta...

RUP. ¿A qué viene esa fogosidad matutina? ¿Tan seductora me encuentras en deshabillé?

LUCIO. Oye, oye; que no es por ahí. ¿Has visto lo que dice la Prensa de nosotros?

RUP. *(Radiante.)* A ver, a ver.

LUCIO. Una borrachera. Mira «El Eco». *(Le muestra un periódico.)* Desde aquí hasta aquí.

RUP. *(Midiendo.)* ¡Dos jemes!

LUCIO. Pues es el más corto. Fíjate en «La Pronvincia». *(Muestra otro periódico.)* ¡Y las cosas que nos dicen! Escucha. *(Se dispone a leer. Lainez, por la izquierda, con la boca llena y periódicos bajo el brazo.)*

LAI. Amigo Lucio: no vale madrugar.

RUP. ¡Querido Lainez! *(Le tiende la mano.)*

LAI. Quería ser yo quien derramase a sus plantas de reina las flores de estos búcaros desbordantes *(Los periódicos.)*, y el muy artero, me quita la vez.

RUP. Discúlpelo. Es tan natural su impaciencia...

LUCIO. Y que sé como las gasta éste cuando se enreda con los comestibles.

LAI. Es que con la prisa de venir, no me acordé de desayunar siquiera.

RUP. Llama, Lucio, y que le sirvan un piscolavis.

LAI. Gracias; ya me agasajó Clarita con un muslo de pollo, que parecía de señora. Los muslos de Clarita son una cosa muy seria.

RUP. Café no habrá tomado. Tómelo aquí. *(Timbre.)*

LAI. ¡Bueno! Tanto porfiar...

LUCIO. Y en desagravio, te fumarás un cazador. Ya sé yo que te gustan.

LAI. Hombre...

CLA. *(En la izquierda.)* ¿Llamaban los señores?

RUP. Café, para el señor Lainez.

CLA. Solo, ¿verdad?

LAI. Si te parece, puedes acompañarlo con una copita de «chartreusse».

CLA. *(Al mutis.)* Este hombre no se priva de nada. *(Desaparece. por la izquierda.)*

LUCIO. Yo voy a traer un cigarro. *(Inicia el mutis.)*

LAI. Un momento. Si no fuera abusar, te pediría que me pusieras unos pitillos de los tuyos. Con la prisa, ¿sabes?... Perdona.

LUCIO. Dame acá la pitillera y no digas tonterías. *(Toma la petaca y desaparece por la derecha.)*

RUP. Nos ofende usted con sus remilgos.

LAI. Delicado que es uno, señora. Se nace delicado, como se nace rubio o moreno.

RUP. Yo nací rubia, según dicen, y me he vuelto castaña.

LAI. ¡Y qué castaña! Hay que reírse de las de la Vera. (Dos pesetas a que hoy almuerzo aquí.)

RUP. ¡Qué galante! ¡Y qué buen amigo! Hoy almorzará usted con nosotros.

LAI. (¿No lo dije?) *(Clara en la izquierda con servicio.)*

CLA. El café.

RUP. *(Indicando la mesita.)* Aquí. Retírese. Yo serviré. *(Se levanta para servir.)*

LAI. ¡Marmórea! *(Pellizcando a Clara con disimulo.)*

CLA. ¡Qué golfo es usted, hijo de mi alma! *(Desaparece Clara por la izquierda. Laínez la sigue con mirada golosa.)*

RUP. ¿Cuántos, amigo Laínez?

LAI. *(Distraído.)* Cincuenta y cuatro ya.

RUP. ¿Cuántos terrones?

LAI. ¡Ah! Los que quiera. Servido por usted, será ambrosía. *(Lucio, por la derecha, con un gran cigarro y la petaca llena.)*

LUCIO. Estrenas caja. *(Le da un cigarro.)*

LAI. ¿Estreno? ¡Pues, chico, que salga el autor!

LUCIO. *(Entregándole la petaca.)* Y los pitillos.

LAI. Lucio, eres grande como los dioses.

RUP. ¡Qué hombre! Tiene un pico de oro.

LUCIO. ¡Lo que le debemos tú y yo a este amigo leal! Sin su consejo y su experiencia, ¿cuánto no hubiéramos hecho el ridículo en este gran mundo provinciano?

LAI. El parrafillo lo suscribiría Demóstenes.

LUCIO. Pero, hijo, Laínez, que nos tienes en ascuas. Léenos pronto el florilegio.

LAI. Verán, verán. Jalea pura. ¡Oh, yo en los periódicos, lo que quiero!

RUP. Lea; que me devora la ansiedad.

LAI. *(Desdoblando un periódico.)* ¿Dónde está? Aquí. *(Lee.)* «Ecos del mundo». «Cachupín se regodea».

LUCIO y RUP. *(Estupor.)* ¿Eh? *(Desdoblando presurosamente el periódico.)*

LAI. ¡No es este, caramba! *(Toma otro periódico y recorre sus páginas centrales.)* Este. *(Lee.)* «Una de nuestras más distinguidas y elegantes damas, la muy exquisita Ruper Tomillares de Alcor (Tita Alcor para los íntimos) recibió ayer a sus numerosas y selectas relaciones...»

LUCIO. ¿Se habrán acordado de poner que los cigarros eran de tres pesetas?

RUP. Lucio, no seas vulgar.

LAI. A ti te ponen por las nubes. Oído al parche. *(Lee.)* «Con su bella y distinguida esposa, hizo los honores de la casa el prócer don Lucio Alcor de Trascueva.»

LUCIO. ¡Estos chicos de la prensa!

LAI. ¿No adivinas tras la mano que escribe, el cerebro y el corazón que dictan?

RUP. Y de la niña, ¿qué?

LAI. Para Alicia he reservado las flores más delicadas de mi huertecillo sentimental. Escuchen y babeen. *(Lee.)* «¿Y qué decir

de ese ángel de candor, de esa maravillosa azucena que perfuma el hogar de los ilustres anfitriones?»

RUP. *(Embargada.)* Esto hace llorar.

LUCIO. Hasta a mí se me arrasan los ojos.

LAI. *(Leyendo.)* «Alicia Alcor y Tomillares, resplandeciente como un astro, en la belleza soberana de sus veinte abriles...»

RUP. *(Abraza a Laínez.)* No puedo contenerme.

LUCIO. ¡Ruperta!

RUP. Perdona, Lucio. Mi ternura y mi orgullo de madre se desbordan como un torrente.

LUCIO. ¡Caray! Tienes un modo de desbordarte... Claro que este es un amigo...

LAI. Tratándose de tu señora, completamente de hormigón.

LUCIO. Ya lo sé; pero suponte que hubiera habido extraños.

RUP. Perdona. He estado incorrecta. Ya lo sé. Pero tú también sabes que este abrazo ha sido puramente fraterno.

LUCIO. Claro que sí.

RUP. Me voy a mi cuarto a sorber a solas estos tarros de arrope. *(A Laínez.)* Hasta siempre.

LAI. Que la Magdalena la guíe. *(Desaparece Ruperta por la derecha con los periódicos en la mano.)*

LUCIO. La verdad es que te has excedido.

LAI. Yo por vosotros, la sangre de las venas.

LUCIO. Pero, ¿cómo te las arreglas para tener tanta mano con los periodistas?

LAI. Son amigos todos ellos. Y buenos muchachos.

LUCIO. ¿Te parece que los invite a comer?

LAI. Mejor será hacerles un presente. Dame a mí el dinero y les compro alguna chuchería.

LUCIO. *(Entregándole la cartera.)* Ahí tienes lo que haga falta. No escatimes. Chico, yo no conocía el halago trastornador de la letra de molde, pero le he tomado el gusto.

LAI. Es un néctar al que nadie se resiste.

LUCIO. Antes, metido en mi casa y en mis negocios, hasta me reía un poco de esos que se hacen nombrar a diario en los periódicos. Pero desde que figuro, me falta algo el día que no me veo en letras de molde.

LAI. Eres el hombre del día.

LUCIO. Y dime sinceramente: ¿No hago el ridículo?

LAI. ¡Qué va, hombre! Te conduces como un gentleman. A mi juicio, no te falta mas que una cosa para ser completo...

LUCIO. ¿Qué?

LAI. No sé si debo..., porque la insinuación parece un poco inmoral...

LUCIO. Habla sin miedo.

LAI. Tienes un cargo brillante, una casa magnífica, un ropero espléndido, auto, amistades... ¿Te falta algo?

LUCIO. Un título.

LAI. Eso, después... De momento, te hace falta un lío.

LUCIO. ¡Laínez!

LAI. No hay nada que vista tanto.

LUCIO. Ten en cuenta que soy un perro perdiguero. En cinco lustros de matrimonio no me he permitido engañar a Ruperta arriba de tres veces.

LAI. Es una tacha gravísima para cualquier hombre de mundo. En las sociedades modernas no se concibe a un gentleman sin su correspondiente trapicheo. Uno, como mínimo.

LUCIO. Vamos, vamos; no digas locuras.

LAI. Antes podías serle a tu mujer todo lo fiel que te pluguiese. Pero al cambiar de esfera tienes que cambiar de costumbres. O te tendrán por un pelagatos.

LUCIO. Habla Lucifer por tu boca.

LAI. Puede ser; pero reflejo el comentario de peñas y tertulias. Todos dicen: «Lucio, sí, muy señor, muy distinguido. Pero rarla dos veces, me tiró Ruperta con un frutero, que, fíjate, aún amiguita.

LUCIO. ¡Si yo me atreviera!...

LAI. Es cosa de ponerse.

LUCIO. Me da espanto. Tú no conoces a Ruperta. Un Otelo con faldas y añadidos. En cierta ocasión tuvimos una cocinera ansótana, que era un rollo de oro. Y porque se me ocurrió mirarla dos veces, me tiró Ruperta con un frutero, que, fíjate, aun llevo la señal. *(Señala entre el pelo.)*

LAI. ¡Claro! La tienes tan mal acostumbrada...

LUCIO. Excuso decirte lo que va a ocurrir si se entera. Es de las que le trituran a uno el cráneo con una plancha.

LAI. Ruperta tiene muy buen sentido. Y cuando sepa que todo se hace por el mayor lustre de la casa... *(Voces en el jardín.)*

LUCIO. ¡La niña! ¡Chitón! Lo pnsaré. Y de esto, ni pío.

LAI. Descuida. Yo soy un vivo, pero soy un muerto. *(Alicia y Miss Ketty por el foro.)*

ALI. ¡Mamá, mamá! ¿Aquí estás tú, papaíto?

LUCIO. Aquí. Mamá anda por sus habitaciones.

KET. Buenos días.

LAI. Buenos días, miss Ketty. Está usted pero que muy «tres jolí».

KET. ¡Libertino!

ALI. ¡Papá, qué de felicitaciones! Como los periódicos nos ponen por las nubes... ¡Ay, qué gusto! Les estoy muy agradecida a esos chicos de la prensa.

LUCIO. Al que le debemos gratitud perdurable es al señor Laínez.

KET. ¡Ejem!

LAI. A mí ya sabes que no me debes nada.

KET. (Hipócrita.)

ALI. Vamos a contárselo a mamá. Se alegrará mucho. *(Desaparecen por la derecha, cogidos del brazo. Una pausa.)*

LAI. Miss, me tiene una hincha rabiosa.

KET. Mí no saber qué cosa ser hincha.

LAI. Que me tiene usted antipatía.

KET. Yes.

LAI. Y es usted injusta. Porque yo la admiro fervorosamente. Me encanta usted.

KET. Osté a mí me horripila.

LAI. Muchas gracias.

KET. Mí tener mocho observamienta. Osté comer aquí a dos carrillos.

LAI. ¡Caray, porque me invitan!

KET. Osté poner senores en ridículo. Ponerlos a la ruina como no abran ojos.

LAI. Me callo, por no faltarle hasta a la mamá del rey Jorge.

KET. ¡Oh! Las verdades son escocidos.

LAI. Si no mirara... *(Amenazador, con los puños a la defensiva.)*

KET. ¡Atrévase! *(Espera un momento y luego se sienta y lee en su libro.)*

LAI. Esta me estropea a mí el pasodobie. ¡Mire usted que es trabajo! No puede uno ganarse la vida honradamente.

CLA. *(En la izquierda.)* ¡Señorita! ¿No está aquí la señorita?

LAI. *(Malhumorado.)* Digo. Me parece que no.

CLA. Usté dispense. ¡Jesús, qué genio! El profesor de baile.

KET. ¡Otro que tal! Voy a decir su venido. *(Desaparece por la derecha.)*

LAI. A esta hija de Albión le tuerzo yo una pata.

CLA. ¿Se han peleado otra vez?

LAI. ¿Tú que sabes? Como hoja de perejil me ha puesto la muy... escocesa.

CLA. Yo no sé pa qué traen estos espantapájaros a las casas bien.

LAI. Si fuera una mujer corriente, no estaría mal. Porque viste.

CLA. ¿Vestir eso? ¡Amos, señor!

LAI. Pero, ¡caramba! Esta rubiales es un cardo. ¡Pues no se ha atrevido a decirme que chupo aquí como una ventosa!

CLA. No tiene pelo de tonta esa tía rara.

LAI. ¡A mí, que estoy haciendo por esta familia lo que no

haría un padre por sus hijos! Por la familia y por todos. Que también de ti me preocupo, chuchería.

CLA. ¿De verdá, señor Laínez??

LAI. Mujer, ya sabes tú que me gustas más que la horchata de chufas cuando aprieta el calor.

CLA. ¡Ande y que lo pelen!

LAI. Y aunque no tengo ni dos cuartos para hacerle cantar a un ciego, hay muchas maneras de proteger a una muchacha linda.

CLA. Le advierto que no es usté mi tipo.

LAI. Llevo una idea aquí, que como cuaje, te veo con medias de doce duros, con peinadora y con lulú.

CLA. ¿Me va usté a hacer cupletista? ¡Mi madre, si yo me viera «etoile»! *(La tos de miss Ketty, dentro.)*

LAI. Mutis, que viene miss policemen. *(Ketty en la derecha.)*

KET. Que espere un poquito ese otro fresco.

LAI. ¡Señorita! *(Amenazador.)*

KET. ¡Puaf! *(Desaparece, imponente.)*

CLA. Si usté quiere, la araño.

LAI. Gracias; no compliques las cosas. Que pase Miguelito.

CLA. Señor Laínez, lo prometido es deuda. *(Desaparece por la izquierda.)*

LAI. Sí. Esta chica es pintiparada. Veremos si Lucio se decide. Yo creo que se decidirá. *(Miguel en la izquierda.)*

MIG. Ya me ha dicho Clara que estaba usted solo.

LAI. Tu discípula y sus papás andan de cabeza con eso que les dicen los periódicos.

MIG. Es que se ha volcado usted.

LAI. Ya ves: por un mendrugo que me arrojan.

MIG. Hombre, que se pega usted una vida de príncipe.

LAI. Pero no me negarás tú que me lo gano bien. ¿Qué papel harían estos zurupetos en sociedad si no fuera por mí?

MIG. De estraza.

LAI. He tenido que educarlos, como a los monos. Porque eran de lo más pardales.

MIG. Aun no han tirado el pelo de la dehesa.

LAI. Claro que les cuesta su dinero. Pero ¿qué quieren? ¿Presumir sin gastarse la pasta? Eso no puede ser. Tú lo sabes.

MIG. Como que ya conoce usted mi lema:

Quien tiene pasta
y no se la gasta,
ni tiene casta
ni ve Antofagasta.

LAI. Miguelito, eres un poeta y un filósofo.

MIG. ¿Usted sabe la filosofía que hace falta para vivir en pollo bien sin tener donde caerse muerto?

LAI. Los veinticinco moscos mensuales que aquí te sueltan, te harán un papel precioso.

MIG. ¡Y que no los estiro yo ni nada!

LAI. Pues, mira; conserva el cargo todo lo que puedas. No te mates enseñándole a Lilí. Que si todo profesorado es un sacerdocio, ir tirando como se pueda es un mandamiento de la Ley de Dios.

MIG. Ya le doy largas al asunto.

LAI. Así, así; despacito y buena letra. Procura que tu elevada misión docente se prolongue un par de años. ¿Qué menos?

MIG. ¿Dos años dice usted? ¡Ca! Yo voy más lejos.

LAI. Hombre, tampoco es cosa de que la niña llegue a septuagenaria aprendiendo a bailar.

MIG. En confianza. Como pueda, me quedo en ésta casa para toda la vida.

LAI. ¿De profesor de baile?

MIG. De yerno. No me descubra usted .

LAI. ¡Ah, ladrón!

MIG. Sí, señor Laínez. Tengo figura y labia y mi poquito de ropa, y unos pergaminos que no me sirven para nada. Y me he dicho: «al agua, patos».

LAI. Eres un hacha, hijo mío.

MIG. La ocasión se me ha venido sola. Usted calcule: dándole lección de baile todos los días a una ingenua...

LAI. Y la conejita de indias, ¿qué?

MIG. La voy castigando poco a poco. Y no estoy descontento de mi faena.

LAI. Oye, rico: si la combina te sale bien, acuérdate de que yo fuí el que trajo las gallinas.

MIG. Yo creo que habrá para todos. Y ya me conoce usted: caballero siempre.

LAI. Caballero y... tranquilo.

MIG. Moral del día, señor Laínez. Lo importante es que haya para todos.

LAI. Como haber, hay. Pero, ¡le damos un tute!... Habrá que pensar en suprimir gastos.

MIG. Naturalmente. Como que gastamos de lo mío.

LAI. ¡Caramba! ¿Tan adelantadas van las cosas?

MIG. Ya tengo un poco interesada a la gacela. Lo demás vendrá por sus pasos contados. *(Pasea jactancioso. Alicia, por la derecha. Contrariada al encontrar a Laínez.)*

ALI. ¡Ah! ¿Está usted aquí, señor Laínez?

LAI. Ya me marcho, riquina. *(Iniciando el mutis.)*

ALI. No, por mí... *(Acecha el lateral derecha.)*

LAI. Me despedía de Miguel, precisamente. Tengo que hacer

unas cosillas. *(A Miguel, furtivamente.)* (Ya ves que más discreto...)

MIG. (Todo se tendrá en cuenta.)

LAI. Monada, despídeme de los papás. Y si no he venido a la hora, almorzáis sin mí.

ALI. ¿Decía, señor Laínez?

LAI. Que no sé si vendré a almorzar.

ALI. ¿Se ha vuelto usted loco?

LAI. Veré de hacer un esfuerzo. Vaya. ¡Que aproveche la lección de baile! *(Desaparece por la izquierda, haciéndole guiños a Miguel.)*

ALI. ¡Ay, Miguel! Ardía en deseos de verte. Tengo que contarte la mar de cosas.

MIG. ¿Buenas o malas?

ALI. Me asedian una porción de muchachos distinguidos.

MIG. ¿Y me lo dices con alegría?

ALI. No; te lo digo muy apenada. Porque los papás han advertido el juego. Y algunos de los que me pretenden son muy de su agrado.

MIG. (A que me la birlan.)

ALI. Sobre todo, ese Gorito Lumbreras. Es tan rico, de tan buena familia... A los papás los tiene embobados.

MIG. ¡Son idiotas!

ALI. ¡Miguel!

MIG. Perdona, chiquilla. Tu declaración me ha hecho perder el juicio.

ALI. Y el caso es que ese Gorito, sin soltar prenda, naturalmente, se insinúa.

MIG. (Ha llegado el momento romántico.) Si ya lo sé. Te perderé, Alicia de mi alma.

ALI. Yo te quiero, Miguel. Te quiero locamente.

MIG. Pero la vida es la vida. ¿Qué puedo yo contra Gorito? El nada en miles de duros, y yo...

ALI. Nadas en otras cosas.

MIG. (En el río cuando hace calor.) Claro que mi sangre es más azul que la suya. Sangre de Ladrones de Lentisque. Y pura, sin bastardear. Yo soy Ladrón por los cuatro costados.

ALI. Me consta.

MIG. Pero esta vida es un asco. Ya no sirve la prosapia. Ni la conducta personal. ¡El dinero, sólo el dinero! ¡Qué abominación de siglo! Y llevo las de perder. Me cohibe mi propia dignidad.

ALI. ¡Claro! Si yo fuera pobre...

MIG. Entonces no habría cuestión. Pero, así, ¡a ver qué hace un hombre!

ALI. Defender tu amor; nuestra felicidad.

MIG. Van a creer que busco el dinero de tu padre. Está la sociedad como para rociarla con cloruro de calcio. Las personas decentes no podemos vivir. Para los que tenemos corazón y delicadeza de espíritu, cualquier camino es un calvario.

ALI. ¡Pobre Miguel de mi alma!

MIG. ¡Ah! Pero yo no me resignaré a este fracaso de mi juventud. No sobreviviré al desastre.

ALI. *(Congoja.)* ¡Miguel, por Dios!

MIG. Una buena pistola, una carta al juez, un lugar que me acomode, y ¡pim!, ¡pam! ¡La masa encefálica a tomar baños de sol!

ALI. ¡Oh! ¡Qué espanto!

MIG. Pero, así, con naturalidad, con elegancia, con desdén, señor, como quien va a una partida de polo, pongo por bagatela...

ALI. No harás ese disparate. No lo harás. Porque yo necesito que vivas para mí.

MIG. ¡Ah, si tú me quisieras como dices!

RUP. *(Desde dentro.)* ¡Lilí! ¡Lilí!

ALI. ¡Mamá!

RUP. Ven un momento.

ALI. Confía en mí. Te quiero ciegamente. *(Desaparece por la derecha.)*

MIG. Este papel, lo hago en las tablas y se hunde el teatro.

LAI. *(Por la izquierda.)* ¡Chico, Morano a tu vera, un meritorio!

MIG. ¿Estaba usted ahí?

LAI. Y me sentía de la claque. No he roto a aplaudir, no sé por qué.

MIG. ¿Se trabaja o no se trabaja a conciencia?

LAI. Manufactura de Eibar.

MIG. Y me parece que la niña es pan comido.

KET. *(Por la derecha.)* Dios criarlos y ellos aparejarse. *(Va a la mesa y recoge el libro.)*

LAI. A esta miss va a haber que darle cordilla.

MIG. Buenos días, miss Ketty. Madruga usted.

KET. Al que madruga, ayudarle Dios.

MIG. Va usted aprendiendo nuestros refranes.

KET. Yes. «Paredes también tener orejas». *(Desaparece por la derecha.)*

LAI. A mí esta mujer me deja frío. Le tengo más pánico que a un miura de cinco hierbas. Nos va a colgar por la fajilla. Siempre me han sido insoportables los ingleses...

MIG. ¡A ver!

LAI. Pero a esta bacalada de Escocia la llevo sentadita en el estómago. *(Rumor de voces en la derecha.)*

MIG. ¡Chist! ¡Que vienen!

LAI. *(Transición.)* Pues, sí, Miguelito; iba a salir, pero me he ahorrado el viaje.

MIG. Usted siempre tan económico. *(Por la derecha, Alicia, Ruperta y Lucio.)*

ALI. Querido profesor. (No sufras.)

MIG. ¡Mi adorable discípula!

ALI. Hoy le he hecho esperar. Perdone.

MIG. ¡Por Dios!

LAI. (También la nena es una damita de siete duros.)

RUP. Pero Lilí; pero Miguelito; ¿las tantas y todavía sin foxtrotear?

ALI. He tenido yo la culpa.

LUCIO. *(Saludando.)* Salud, as del parquet.

MIG. Mi parabién a todos. Ya he leído la prensa.

LUCIO. Se han destapado esos amables cronistas.

RUP. La fiesta resultó sorprendente: hay que decirlo así.

LAI. No se perdería nada con que lo dijera un poco mejor.

MIG. Versallesca, señora. Una idealidad. Un sueño.

RUP. Pero esos buenos chicos se han volcado.

MIG. Eso y mucho más merece esta casa hidalga y sus ínclitos moradores.

LUCIO. *(A Laínez.)* ¡Cómo habla este muchacho!

LAI. La cuna, amigo Lucio. Los buenos pañales.

ALI. Maestro, cuando usted guste.

MIG. Siempre a su disposición, Lilí.

LAI. ¿Y nosotros despachamos?

LUCIO. Hoy no hay correo apenas.

LAI. Casi me da vergüenza llamarme tu secretario.

RUP. Oye, prócer. ¿No necesitas hoy al amigo Laínez?

LUCIO. Un momento, si acaso.

RUP. Entonces, lo utilizaré yo. Tengo que preparar las boletas para la tómbola benéfica. *(A Laínez.)* ¿Usted será tan amable?...

LAI. Soy suyo hasta más allá de la tumba helada.

RUP. Ea, pues a trabajar todo el mundo. Ustedes a su lección. Nosotros a las boletas. Tú, Lucio, no olvides que has de ir al sastre y al Banco. ¿Has pedido el Packard?

LUCIO. No.

RUP. Tiene una que estar en todo. Vamos, vamos, ¡a la faena! ¡Dios mío! Luego dirán que ser persona distinguida no cuesta trabajo. *(Bocina de un automóvil fuera.)*

LUCIO. Un auto.

LAI. Las señas son mortales.

ALI. Es un taxi. *(Junto al foro.)* Y saludan desde el interior. Pero no he podido reconocer a los que saludaban.

RUP. A ver si son visitas y no nos dejan hacer nada de provecho. (*Una pausa. Clara apresuradísima por la izquierda.*)

CLA. ¡Señora! ¡Señor! Los señoritos del pueblo.

LUCIO. ¿Qué dices?

CLA. Apeándose están de un carricoche de esos que les dicen fornarinas.

LUCIO. ¡Cosa más rara! Sin avisar.

RUP. ¿Qué tripa se les habrá roto a tu gente?

LUCIO. Baje a recoger los equipajes, Clara. (*Desaparece Clara. Francisco por la izquierda.*)

FRAN. ¿Se puede, muchachos?

LUCIO. (*Yendo a abrazarle.*) ¡Hermano, qué sorpresa!

FRAN. No nos esperábais, ¿verdad?

RUP. ¡Qué alegría, Paco!

FRAN. (*Saludando.*) Cuñadita, pareces una chavala.

ALI. (*Abrazándole.*) ¡Tío!

FRAN. ¡Pues mira este bibelot!

ALI. ¿Y tía Casilda? ¿Y mis primas?

FRAN. Venimos hasta el gato. (*Volviéndose a la izquierda.*) Pasa, Casilda. Pasad, pequeños. (*Por la izquierda Casilda, Pilar y Manolo, con aire tímido.*)

CAS. ¿Qué tal, Lucio?

LUCIO. Bien. A ti te encuentro desmejoradilla.

CAS. ¡Ruperta!

RUP. (*La abraza sollozante.*) ¡Querida!

CAS. ¡Seré tonta! Pues no me emociono como si no os viera hace un siglo.

ALI. ¡Tía Casilda!

CAS. ¡Encanto! Ven que te coma a besos.

LUCIO. ¡Chico! Estás hecho un hombretón.

MAN. ¡Tía Ruperta!

RUP. Manolo, les echas la garra a todos los buenos mozos de la familia.

MAN. ¡Primita, qué guapa te has puesto!

ALI. Y tú que fuerte. Pareces un golkiper.

LUCIO. (*Por Pilar.*) ¿Y esta pitusa?

CAS. ¡Es muy vergonzosa! Saluda a la tía, hija mía.

PIL. (*Sollozante.*) ¿Cómo está usted, tía Ruperta?

RUP. ¿Bien, y tú, preciosa?

FRAN. Hala, no llores y dile algo a la prima.

PIL. ¿Cómo esta usted, prima?

ALI. (*Besuqueándola.*) ¿A mí de usted?

MIG. ¿Qué le parece el cuadrito?

LAI. Aquí sobramos los dos. ¡Oh! ¡La familia!

MIG. ¡Calma!...

LUCIO. Sentaos. (*Se van sentando.*) Bueno: ¿y qué es esto? ¿No hay correo? ¿No hay telégrafo?

FRAN. (*El único que permanece en pie.*) El viaje ha sido un pronto de los míos. Tenía esta que arreglarse la boca y dije: pues vámonos todos.

RUP. Entonces venís para unos días.

FRAN. Un par de meses. Porque a esta le tendrán que poner más puentes que a un río.

RUP. (*Aparte.*) Dios nos coja confesados.

LUC. Ahora os prepararán habitaciones.

FRAN. Paramos en la fonda.

LUCIO. Eso me disgusta muchísimo.

RUP. ¡Claro, señor! Teniendo aquí unos hermanos con villa propia.

LUCIO. Que vayan ahora mismo por vuestros bártulos. ¡Pues hombre!

FRAN. No te empeñes. El undécimo no estorbar.

CAS. ¡Paco!

FRAN. Yo al pan, pan, y al vino, vino.

RUP. Es una falta de confianza que nos ofende.

FRAN. ¡Pamplinas! Hubiéramos venido a tu casa; y los ocho primeros días, ¿dónde pondremos a los huéspedes? Al noveno, ¿cuándo se irán estos pelmas?

RUP. Nosotros no somos de esos.

LUCIO. Déjalo. Ha dicho que así, pues así.

FRAN. Es lo mejor. Cada cual en su casa y Dios en la de todos. Nos pasaremos aquí la vida. ¡Tú calcula! Pero, ¿de huéspedes? Al hotel, donde te sirven, pagas y ¡en paz y jugando!

ALI. Tío, la nena se quedará aquí, conmigo.

FRAN. Eso ya es otra cosa.

RUP. ¿No tomas asiento?

FRAN. Espera. ¿Hay por ahí un calendario?

LUCIO. ¿Para?

FRAN. Para ver si estamos en Carnaval. Como os veo vestidos de máscaras.

CAS. ¡Paco, por Dios!

FRAN. Las cosas claras, y el chocolate espeso.

RUP. (Ya empieza a hacer el grullo.)

FRAN. ¿Eso es pinta de señora decente? Te van a tomar por cualquier cosa mala.

RUP. ¡Uf! (*Se seca el sudor.*) Paquito, si es un kimono ideal. La última.

FRAN. Como este farinetas. ¿Adónde vas vestido de payaso?

LUCIO. Francisco, que es lo que se lleva entre la gente bien. Un pijama irreprochable.

FRAN. ¡Pijama! Unos pantalones bien puestos, es lo que

debemos llevar los hombres. En fin, no quiero soltarme el pelo aún.

MIG. *(Se sienta.)* Oiga, amigo Laínez... Este señor, cuando rompa...

LAI. (Una catapulta; ya lo veo.) Nosotros, con el permiso de ustedes...

LUCIO. ¡Hombre, por Dios! Con la alegría no te he presentado a estos amigos. Perdonen. *(Presentando.)* Mi secretario, don Lucas Laínez.

FRAN. *(Se inclina.)* ¡Anda, anda!. ¡Secretario y todo!

LAI. Y un humildísimo servidor de usted.

LUCIO. Más que secretario, es nuestro chambelán.

FRAN. Una especie de Pie de Concha, en camiseta.

LAI. ¡Ja, ja ja! Tiene usted mucha gracia.

FRAN. Gracia, no; que le canto la verdad al lucero del alba.

LUCIO. Miguelito Ladrón de Lentisque, sportman..., amigo y... profesor de baile de la niña.

MIG. Para servirle.

FRAN. Muchas gracias. Y perdone; pero ni como sportman ni como profesor de baile va usted a servirme de gran cosa.

MIG. No importa para que le ofrezca mi amistad.

FRAN. Y yo la acepto encantado. Amigos, hasta en el infierno.

MIG. *(Aparte.)* Es un cosaco del Don.

LUCIO. Ahorremos etiquetas. Mi hermano, mi cuñada, mi sobrino Manolo, mi sobrina Pilin... *(Inclinaciones y reverencias.)*

MIG. La nena es preciosa.

LAI. Una princesita de Wattou.

PIL. Mamá, que me da mucha vergüenza.

CAS. No seas así, cielo. Estos señores son amigos de los tíos.

PIL. Pero que no me digan esas cosas.

FRAN. Vivís como unos príncipes.

RUP. Sí, hemos puesto la casa decentita. Como nos relacionamos con todo lo mejor.

FRAN. Mucho lujo para vuestro brazo.

RUP. ¿Qué remedio? Desde que éste es hombre público y yo...

LUCIO. ¡Ruperta!

RUP. Y yo me rozo con obispos, gobernadoras, alcaldesas y toda la espuma..., hay que vivir a tono con la posición social.

CAS. Claro, claro.

RUP. Por eso hemos mercado esta villa. Salió en venta, víla, gustóme y compréla.

FRAN. Hablas como un libro barato.

RUP. Vaya, chico. Si te empeñas en sacarme los colores, pierdes el tiempo. Te oigo como quien oye llover.

FRAN. El sitio es precioso. Y el jardín también, por lo que he podido ver pasando.

RUP. Que lo vea, Lucio. Después verán la casa.

FRAN. Hombre, sí. A mí, todo lo que huele a campo me apasiona.

LUCIO. Acompáñanos, Laínez. Y usted, Miguelito.

MIG. Es una papeleta.

LAI. A mí, este señor me divierte. (*Desaparecen por el foro Lucio, Francisco, Laínez y Miguelito.*)

PIL. Mamá, a mí me gustaría coger flores.

RUP. Pues anda y coge.

PIL. ¿Me dejan?

ALI. ¿Cómo no, rica? Coge todas las que quieras. (*Desaparece Pilar por el foro.*)

CAS. Tenía ganas de que se fuesen los hombres.

RUP. ¿Te ocurre algo?

CAS. Estoy rabiando de sed.

RUP. Mujer, haberlo dicho.

ALI. Espere que llamo, tía.

CAS. No. Tu madre me acompañará al comedor... Es la hora de medicinarme. Porque, ¿sabes...?

RUP. Vamos. Y no seas así, Casilda. Cambiar de esfera, no es cambiar de corazón. (*Desaparecen las dos por la izquierda.*)

MAN. Primita, nos han dejado solos.

ALI. (*Displicente.*) Sí.

MAN. ¿Te disgusta?

ALI. ¡Qué va!

MAN. Tengo que decirte muchas cosas.

ALI. (*Displicente.*) ¿Ah, sí?

MAN. Tonterías de pueblo, recuerdos de cuando eras menos orgullosa.

ALI. Orgullosa no lo he sido nunca.

MAN. Bueno, menos ingrata.

ALI. ¿Ingrata yo?

MAN. Sí, antes escribías. Venías alguna vez a casa de los tíos labradores...

ALI. Y ahora no escribo ni voy, no sé por qué...

MAN. Yo sí.

ALI. Pero iré.

MAN. ¡Bah! Es aquello muy pobre, muy color de tierra. Y nosotros, muy rudos, muy toscos. Olemos a tomillo. Bailamos la jota todavía.

ALI. ¡Qué cosas me dices, Manolo!

MAN. ¡Si supieras cómo me duelen tu orgullo y tu olvido! ¡La alegría con que yo leía tus cartas! Aún las guardo. Aún las leo.

Sin necesidad, porque las sé de memoria; pero aún las leo todas las noches.

ALI. *(Ruborosa.)* ¡Manolo!

MAN. ¡Cómo me querías, cuando no te llamabas Lilí, ni te nombraban los periódicos, ni tenías profesor de baile!

ALI. Y ahora, lo mismo que entonces.

MAN. No. Yo, sí. Más que entonces. Tú...

ALI. Me haces daño.

MAN. Es mi corazón, que se queja. Mi corazón, vacío desde que no cree en ti.

ALI. Me pones triste. Háblame de cosas de allá.

MAN. ¿Para qué, si ya no te interesan? Lo que más te interesaba algún día era mi cariño. ¡Y ya lo ves!

ALI. Eramos tan críos entonces... *(Un silencio doloroso. Alicia y Manolo quedan con los ojos bajos. Pilar, por el foro, con un gran ramo de flores.)*

PIL. *(Alborozo.)* ¡Mira, primita! ¡Mira, Manolo! ¡Cuántas flores y qué hermosas!

ALI. ¿Te gustan, Pilar?

PIL. ¡Mucho! Estas dos para vosotros. Son gemelas. De la misma rama. Besa, Manolo, la que voy a prenderle a la primita.

MAN. *(Emocionado.)* ¡Pequeña!

PIL. *(Mientras le prende la rosa.)* ¿Quieres tú besar la que voy a ponerle a mi hermano?

ALI. ¿Por qué no? Trae. *(Besa la flor.)*

PIL. ¡Qué contenta estoy! Antes me moría de vergüenza. Pero ya, no; ya, no. Te quiero mucho, primita.

ALI. ¡Pues yo a ti...! *(La besa con vehemencia. Ruperta y Casilda, por la izquierda.)*

RUP. ¿Qué, te encuentras mejor?

CAS. Estas cápsulas me alivian mucho.

RUP. Debíais quedaros aquí. Estando tú delicada más que más.

CAS. Ya sabes cómo es Paco. ¿Ha dicho al hotel? Pues al hotel, aunque se hunda el mundo. *(Lucio, Francisco, Laínez y Miguelito, por el foro.)*

LAI. *(Retorciéndose de risa.)* Don Francisco, yo me voy a poner enfermo.

FRAN. Algún día puede que le haga llorar con mis dicharachos.

LAI. No diré que no. Porque tira usted con honda. ¡Y vaya brazo y puntería!

FRAN. Me ha tocado ser pastor, a ratos perdidos.

MIG. *(Estupefacto.)* ¿Pastor?

FRAN. Yo estoy siempre encima de lo mío: la hacienda, el ganado... Y hay que saber de todo. Cargarse una talega y re-

coger a peñazos una res desmandada. También bailo. Bailaba en mis tiempos. Camandulerías de estas de ahora, no. Cosas de hombres.

LAI. Miguelito, que tiran con obús.

MIG. Es un serrucho.

LUCIO. Tita: mi hermano está maravillado de nuestra casa.

RUP. ¿Sí, Paco?

FRAN. Te felicito, cuñada. Vivís como unos duques.

RUP. *(Falsa modestia.)* ¡Bah!

FRAN. Ahora hace falta saber de qué cuero salen estas correas.

LUCIO. ¡Hombre!

FRAN. Yo sé un poco de todo. Y este tren no se puede arrastrar sin mucho carbón.

RUP. Gracias a Dios no estamos en la calle.

FRAN. Pero me temo que estiréis el brazo más de lo que permite la manga. También por esto he venido. Porque ya me corrompe a mí las oraciones, leer todos los días que a éste le llaman prócer y gentleman, y a la niña, Lilí; y a ti, con veintitantas primaveras en cada remo, Tita por arriba y Tita por abajo.

RUP. Es que suponemos; que figuramos.

FRAN. Podía ser además un poco de envenenamiento. Y he querido venir a enterarme.

MIG. Bueno, señores, yo, con su permiso...

ALI. Mejor será que dejemos la lección.

RUP. Hija mía, que la verbena está encima y tienes que perfeccionar esos pasos nuevos. ¿No te parece, Lucio?

LUCIO. Yo no entro ni salgo.

RUP. ¿Usted, qué opina, señor Laínez?

LAI. Delante de don Francisco es un poco peligroso opinar, señora.

FRAN. Usted me ha calado.

RUP. Pues yo creo que debes dar la lección cotidiana, aunque sea aquí.

ALI. ¡Mamá!

RUP. Tengo el capricho de que te vean bailar tus tíos y tus primos. Verás, Paco; verás, Casilda, qué gloria de hija.

LAI. Es una tanagra.

FRAN. Bueno, bueno. Por nosotros, que no quede. Mira por dónde hemos venido al baile.

ALI. Como ustedes quieran. *(Se acerca a la derecha, y llama.)* Miss Ketty.

FRAN. ¿Otro bicho raro?

RUP. Es la institutriz. Legítima de Escocia.

FRAN. Como el buen bacalao. ¡Adelante con los faroles! *(Ketty en la derecha.)*

KET. Señora...

RUP. Siéntese al piano. La niña va a bailar para que la vean sus tíos.

KET. «All right». *(Se sientan al piano. Un shimmy. Bailan Alicia y Miguelito.)*

CAS. ¡Jesús, María y José! *(Santiguándose.)*

PIL. Bonito, ¿verdad, mamá?

MAN. ¡Qué pena! ¿Esta es mi prima Alicia?

LUCIO. Qué hija me ha dado Dios. No la hay más espiritual ni más distinguida.

RUP. Me la comería a besos. ¿Tú ves, Casilda?

FRAN. ¡Bien bailado! ¡De primera!

LAI. ¿Qué le decía yo? ¡Una Tanagra!

FRAN. *(Se pone en pie y descarga un puñetazo formidable en el mueble más próximo.)* Pero esto es una indecentada en toda tierra de garbanzos. *(Estupor general. Cesa el baile. Todos quedan boquiabiertos.)*

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

En escena, RUPERTA, desmelenada, sin pintar y sin acicalarse.

RUP. ¡Golfo, viejo verde! *(Solloza.)* ¡Dios mío! ¿Pero quién podía esperar esta salida de pie de banco? Veinticinco años de felicidad canina. Y a punto de celebrar nuestras bodas de plata, se me enreda como un currinche. ¡Crapuloso! ¡Perjuro! *(Transición súbita.)* Ah, pero no tendrá que ir a besarle el pie al padre santo. En cuanto llegue me lo como. ¡Me lo como sin mondar ni nada! *(Se acerca a la derecha.)* ¡Clara! *(Sacude los muebles.)* ¡Claraa!

CLA. *(Dentro.)* Señora.

RUP. ¿Sales o no sales con las sales?

CLA. Voy. Es que no encontraba el frasco.

RUP. ¿Y ella? ¿Quién será ella? ¡Como yo la coja entre mis uñas!

CLA. *(Sale por la derecha.)* Aquí tiene la señora los éteres. *(Le entrega varios frasquitos.)*

RUP. Trae; que me va a dar el soponcio, y no quiero que e señor me encuentre privada.

CLA. Pero D'os mío, ¿qué ha pasado?

RUP. Hasta ahora casi nada. Luego es cuando va a pasar algo muy gordo. ¡Hoy se pone el atún a cuenta de canciones! Déjame.

CLA. (*Al mutis.*) ¡Recristina! Está que muerde.

RUP. ¡Ah! ¿Has llamado a los señores del pueblo?

CLA. (*Deteniéndose.*) Por el teléfono. Tres veces.

RUP. ¿Y qué han dicho los pedazos de carne?

CLA. Que vienen en un verbo.

RUP. En cuanto lleguen m's cuñados que pasen. ¡Y no estoy para nadie más!

CLA. Muy bien, señora. Yo echo el cerrojo. (*Desaparece por la izquierda.*)

RUP. (*Aspirando éter.*) No me abandonéis, fuerzas. Tengo que hacer una que sea sonada. ¡Ultrajarme así el pérfido de Luc'o! (*Francisco por la izquierda un poco alterado.*)

FRAN. ¿Se puede, tú?

RUP. (*Sollozando.*) ¡Ay, Paco!

FRAN. ¿Pero qué demonios ocurre aquí para mandarnos a llamar con estas prisas?

RUP. Os llamo porque soy la más desgraciada de las cónyuges... ¿Y Casilda?

FRAN. Detrás viene, llorando como una Magdalena. Ya sabes lo impresionable que es.

RUP. ¡Ay Paco! ¡Qué agonía!

FRAN. ¿Pero qué sucede? (*Casilda por la izquierda sin poder respirar y llorando.*)

CAS. ¡Dios mío!... ¿Qué... qué... des... gracia o... o... ocurre?

RUP. (*Se le abraza.*) ¡Ay Casilda!

FRAN. Deja a esta pobre; que la vas a asfixiar.

RUP. ¡Ay Paco! ¡Ay Cas'lda! ¡Qué desgracia!

CAS. (*Llanto.*) ¡Virgen Santa del Pilar!

FRAN. ¿Mi hermano? ¿La ch'ca? ¿Enfermos?

RUP. Peor.

FRAN. (*Estupor.*) ¿Se han muerto?

RUP. Peor.

CAS. ¡Santísimo Cr'sto de Calatorao!

RUP. ¡Ese infame! ¡Ese mal hombre!

FRAN. ¿El señor Laínez?

RUP. No.

FRAN. ¿Miguelito el bailarín?

RUP. Tampoco. Tu hermano.

FRAN. (*Furioso.*) Mi hermano... ¿qué

RUP. Que me engaña.

FRAN. ¿Hay Dios para el que se condena? ¿Y por una tontería así te das y nos das este mal rato?

RUP. Yo me muero de pena y de rabia.

FRAN. Mira, Ruperta. En mi vida me he manchado pegándole a una mujer; pero te juro que si ahora fuera tu marido, en dos manotazos te echaba a paseo la dentadura, que me figuro que será postiza.

RUP. Cuatro puentes de oro y pernios de platino.

FRAN. ¡Poca sustancia!

CAS. Déjala, hombre. No le des más cordel.

FRAN. Con cerca de medio siglo a la espalda hacer este paso de sainete bufo.

RUP. El corazón es siempre joven, Paco.

FRAN. Si no hubiera almanaques de pared, no aprenderías estas simplezas.

CAS. Hazte cargo si quieres, hombre. ¡También eres tú como Dios te ha hecho! *(A Ruperta.)* Ven aquí, Ruperta. Llora tu dolor en mis brazos de hermana. (*La abraza.*)

RUP. (*Dejándose mimar.*) Dame a oler éter, que me privo. (*Se finge desvanecida.*)

CAS. ¡Pobre! Eres muy bruto, Paco.

FRAN. Puede que me haya pasado de la raya; ¿pero crees que hay derecho a ponerse así porque mi hermano tenga una debilidad? Hace bien. Con semejante fantasma...

RUP. Eso de fantasma me lo dices porque estoy sin conocimiento.

CAS. (*Apurada.*) ¡Callad, por los clavos de Cristo! ¿Te vas calmando?

RUP. No puedo, no puedo. ¡Clavar este puñal en mi tierno corazón!

FRAN. (*Dominándose.*) Mujer, que no es para tanto. De jóvenes estas cosas tienen importancia. Pero a nuestros años ya... ¡todo sale por una friolera!

RUP. Yo creía en tu hermano como en Dios.

CAS. A lo mejor son todo habladurías.

FRAN. Ya puede ser que venga el golpe por ahí. Algún chismorreo, ¿verdad? O algún anónimo.

RUP. Es una prueba «irrefregable». Aquí la tengo. (*Saca del seno un papel.*)

FRAN. A ver, a ver. (*Toma el papel y lee.*) «Juarrito de mi vida.» ¡Cáscaras!

RUP. «¡Juarrito de su vida!»

CAS. ¡Virgen María, qué abominación!

FRAN. «Te espero en nuestro nido.»

RUP. ¡Aún dices, Paco! Es monstruoso.

CAS. No sigas. Enrojece oir esas desvergüenzas.

FRAN. Pero bueno. ¿Este papelucho cómo ha venido a tus manos?

RUP. Lo llevaba Lucio en el batín. A mí me chocó que oliera a pachulí, y registré los bolsillos. No dirás que me convulsiono sin motivo.

FRAN. Se trata de un lío en toda regla.

RUP. ¡Y aún querrás que no me desespere!

FRAN. Anda. Acuéstala un poco. Que se le calmen los nervios.

CAS. Será lo mejor. Vamos. (*La coge del brazo.*)

FRAN. Y no te aplanes de este modo. Ya se arreglarán las cosas. Felizmente, estoy yo aquí.

RUP. ¡En vísperas de las bodas de plata! (*Desaparecen Ruperta y Casilda por la derecha.*)

FRAN. Vivir para ver. Mi hermano ha sido toda su vida un San Antonio. Y ahora, cuando se va del mundo como quien dice... En fin, de un garrote sale un tiro. (*Enciende un cigarrillo.*)

KET. (*Miss Ketty por el foro.*) Míster Pacó.

FRAN. Hola, distinguida hija de Albión.

KET. Mí tener que desir un palabro.

FRAN. Y cien que quiera. ¡No faltaba más! Siéntese.

KET. Con muchísima agradecimienta. (*Se sienta.*) Osté perdonar el atrevido.

FRAN. ¡Señorita, por Dios!

KET. Pero mí llevar pesa en el conciencia y necesitar aliviamiento.

FRAN. Hable con toda confianza.

KET. Míster Pacó. Mí se jubila de encontrar con osté mano a mano.

FRAN. A ver si se arma aquí otro lío.

KET. Para decir que esta es casa de Tócame don Roque. Un verdadero cien patas.

FRAN. Ya lo iba sospechando yo.

KET. Osté decir meterme donde no importarme. Pero mí ser puritana, una puritana no consentir granujerías.

FRAN. Muy bien hecho.

KET. Mister Lainés ser un bandolera. Mi ver con estos ojos policías verdaderos infamias.

FRAN. Cuénteme, cuénteme!

KET. E don Miguelito, el profesor de baile ser otro bandolera.

FRAN. Ese figurín ya imagino yo por donde irá.

KET. Estos acusamientas, ser mocho graves. Pero conciencia puritana, decir que mí deber hacerlos.

FRAN. ¡Naturalmente!

KET. E hacerlos a osté, que tiene cabezo encima de las hombros. Porque decirlo a míster Lucio, sería tocar el bandurria.

FRAN. Exacto.

KET. Estar tuerto de todos sus ojos. No ver reir las gentes.

FRAN. Muchas gracias por sus leales advertencias, mis Ketty. (*Le tiende la mano.*)

KET. Mi cumplir deber. (*Se levanta.*)

FRAN. Pero es tan raro que por acá se cumplan cierta clase de deberes.... A sus pies, amiga Ketty. Y gracias, muchas gracias.

KET. Buenos días, mister Pacó. (*Desaparece gravemente por el foro.*)

FRAN. Ya pareció el peine. ¡Tengo yo un olfato! Voy a ver si tranquilizo a esa. (*Desaparece por la derecha. Laínez y Clara por la izquierda.*)

LAI. ¡Si no es nadie, el amigo Laínez! ¿Qué te dije hace unos días? «Tú llevarás medias de doce duros». Y ya ves lo que ha tardado en cumplirse el vaticinio. Porque estas medias son de señora. (*Le señala la pantorrilla.*)

CLA. Dos cajas de lisas y otra de con dibujo.

LAI. Empieza como los buenos.

CLA. Es un bendito de Dios. Creerá usté que aún no me ha puesto la mano encima.

LAI. ¿Esperabas en que te saliera «marchoso»?

CLA. Viene a los «rendezvuses» como quien va a sacar la cédula. Llega colorao, colorao. se fuma un egipcio, me habla de la Diputación y se va.

LAI. ¡Qué primo!

CLA. Aún dicen que los de cierta edá son los peores. Lo que es éste... ¡como si estuviera en misa!

LAI. Siempre le da Dios dientes al que no tiene que comer.

CLA. Pero a mí, con tal que me haga cupletista... ¿Por qué no le mete usté en la cabeza que me eduque la voz?

LAI. Todo se andará; no seas impaciente.

CLA. Porque eso sí que sería negocio. Yo, «chantiuse». Y usté mi padre. Y a robar el dinero.

LAI. ¿Sabes que no has dicho ninguna idiotada? Por de pronto tú sigues trasteando al señor...

CLA. ¡Anda! ¡Me he aprendido poco bien sus instrucciones! Algunas mañanas, cuando le entro el desayuno, le dejo una esquela en papel perfumao.

LAI. Bien tierna, ¿eh?

CLA. En la de hoy le decía guarrito mío y todo. Ya voy tomando confianza.

LAI. Tú cantas cuplés.

CLA. ¿De veras voy por buen camino

LAI. Si tan seguro tuviéramos el «gordo»... Y yo contigo; pero no de padre. De «manús».

CLA. Eso que se le quite. Una es decente porque lo es.

LAI. Hasta ahora no me has tocado la Marsellesa, niña.

CLA. ¡Toma! ¿Pues usté qué se había creído? (*Timbre en la izquierda.*)

LAI. Oye, oye.

CLA. Han llamao. (*Desaparece por la izquierda.*)

LAI. Me suceden a mí cosas para escribir un libro. (*Pausa breve. Francisco por la derecha.*)

FRAN. Ya es hora de que se le vea a usted el pelo. De ordinario sale usted hasta en la sopa. Y hoy que hace falta, viene a las mil.

LAI. Es que ¿sabe? Ocupaciones de mi cargo...

FRAN. ¿Usted se cree que yo comulgo con ruedas de molino?

LAI. Usted, mi señor don Francisco, siente crecer la hierba.

FRAN. Déjese de zalamerías que no está el horno para bollos.

LAI. ¿Sufre usted alguna contrariedad? Si yo puedo remediarla, ya lo sabe, don Francisco; suyo en el alma y vida.

FRAN. A lo que importa. ¿Dónde está mi hermano?

LAI. En el Gobierno Civil. ¡Oh! Lucio entra allí y sale como «Pierre par sa maison».

FRAN. No sea usted ridículo. ¿A qué me habla ahora en francés de guardia urbano?

LAI. Para que vea usted que uno es también un poquito políglota.

FRAN. Usted, perdone la sinceridad, es un poquito nevera.

LAI. Don Francisco, a usted le han hablado mal de mí. Ya sospecho por donde viene el chivatazo. ¡Ah! Pero esto no quedará así. Usted tiene que confesarme lo que le han dicho y quién se lo ha dicho.

FRAN. Hombre, que no tengo ganas de reir ahora. ¿Ha dicho usted que mi hermano está en el Gobierno Civil?

LAI. Seguramente. Tenía allí no sé qué reunión.

FRAN. ¿Se ha llevado el coche?

LAI. Sí.

FRAN. Hasta ahora, pues. (*Desaparece por la izquierda.*)

LAI. ¡Ay, Laínez! Si no te has caído con todo el equipo, debe de faltarle tanto así. Las medias palabras de ese honrado labriego, me zumban en los oídos como una sentencia fatídica. ¿Qué le habrán contado de mí? Por supuesto, ya le diré yo a esa rubia desvaída... (*Miss Ketty en la terraza del foro.*)

KET. (*Hacia el jardín.*) La hora de la lección.

LAI. ¡Hombre! La escocesa, Mahoma me la envía. (*Se acerca al foro y tose.*) ¡Ejem! Haga el favor.

KET. No tener gana de oír sandeces.

LAI. (*Cerrándole el paso.*) Vamos a ver: ¿Usted ha cotorreado con don Francisco?

KET. Yes.

LAI. Y le habrá dicho horrores de mí.

KET. Mí decir siempre la verdad.

LAI. Pues esta vez le va a salir un poco caro.

KET. Mí reír de peces coloradas. *(Alicia y Pilar por el foro.)*

LAI. Agradezca que vienen las niñas. ¡Pero ya nos veremos la facies!

KET. Osté darme mocha risa. ¡Ja! *(Desaparece por la derecha.)*

LAI. Que le pateo la cabeza, es viejo. *(Avanzan Alicia y Pilar.)*

ALI. Hola, señor Laínez.

LAI. Hola, monadas. *(Canturrea.)* «Don Quintín...»

PIL. ¡Usted, siempre de buen humor!

LAI. Siempre. (¡Si tú supieras!)

ALI. Le cuento a mi prima lo que será la verbena.

LAI. Un sueño.

ALI. El parque, iluminado a la veneciana...

LAI. Cientos de bombillas, brillando entre el ramaje, como luciérnagas...

PIL. ¡Qué bonito!

ALI. Puestos de flores, de churros, de tabaco, de licores...

LAI. Y en cada puesto, cinco o seis beldades, con mantones de chinos...

ALI. Tú y yo vamos al puesto de champagne, con las hijas del gobernador, y la señora del presidente de la Audiencia.

PIL. ¡Pobre de mí!

LAI. Irán los chicos «bien». Te pedirán una copa; la besarán apenas, y te soltarán un «mosco» o un «pápiro» de los pequeños.

ALI. Quiere decir un duro o un billete.

PIL. ¿Por un sorbo de vino? ¡Pues, hija, qué derrochadores!

ALI. Lo pasaremos muy bien. Habrá organillos, dos bandas militares... Bailaremos sin cesar, antes y después de la cena.

PIL. ¡Ah! ¿Pero se cena allí?

ALI. Una cena a la americana. Verás qué lujo, qué distinción. Al principio, nada. Pero después, beben los muchachos, y ¡dicen unas cosas! Ya puedes prepararte.

PIL. Si a mí no me conocen.

ALI. En seguida se correrá que eres mi prima, y acudirán a ti como las moscas a la miel. ¿No le parece, señor Laínez?

LAI. ¡Digo! Con lo preciosa que eres. Y guayabín, como dicen ellos. De las que no comprometen a nada. A éstas, ya les tienen un poco de miedo.

ALI. Serás el clou de la fiesta.

LAI. Ricas: si no me mandáis nada, voy al jardín a que me dé el aire. Tengo la cabeza un poquito cargada. *(Desaparece por el foro.)*

PIL. ¿Y Manolo, también vendrá?
ALI. Claro, mujer.
PIL. Oye, Lilí; ¿qué te parece mi hermano?
ALI. ¡Figúrate!
PIL. Yo, ciego por él. Es muy guapo, ¿verdad?
ALI. Simpatiquísimo.
PIL. Y muy bueno, muy bueno. En el pueblo y en los de alrededor, a todas las señoritas les gusta para novio.
ALI. ¡Ya pueden!
PIL. Algunas no lo saben disimular. Pero él no quiere a nadie más que a ti.
ALI. ¡Pilucha!
PIL. Yo lo sé muy bien sabido. Le veo leer tus cartas viejas. ¡Y se emociona más!
ALI. Figuraciones tuyas.
PIL. Y, no creas, mi hermano es muy hombre. Pero se le arrasan los ojos. Es que te quiere de una manera... Fuísteis novios. ¿Verdad?
ALI. Tonteamos un poco. Pero ¡éramos entonces tan niños! ¡Han sucedido tantas cosas!
PIL. Manolo te quiere lo mismo que entonces... Yo creo que más. Y... ¿tú a él?
ALI. También. Al fin y al cabo, somos primos.
PIL. No, no; así, no. De otro modo...
ALI. Vamos a cambiar de conversación. ¿Quieres?
PIL. *(Conmovida.)* Manolo adora en ti. Es muy bueno. Mejor cien veces que ese bailarín que ofende con la mirada.
ALI. *(Aparte.)* (¡Dios mío, ¡qué tormento!)
PIL. Quiere a mi hermano, prima Lilí. Te lo pido como se lo pediría a la Virgen. *(Junta las manos, implorante. Un emocionado silencio. Clara, en la izquierda.)*
CLA. El señorito Miguel.
PIL. ¡Ese tipo!
ALI. *(Alegría.)* Que pase, mujer.
CLA. Está bien, señorita. *(Mutis izquierda.)*
PIL. Yo me marcho con tu mamá.
ALI. *(Un poco ofendida.)* No seas así, Pilar. ¿Qué te ha hecho Miguel para que le odies?
PIL. A mí, nada. Pero no puedo verle ni en pintura.
MIG. *(En la izquierda.)* ¿Se puede?
ALI. *(Tendiéndole la mano.)* Querido profesor.
MIG. Mi discípula adorable. *(Efusión.)*
PIL. *(Volviéndose de espaldas.)* ¡Antipático!
MIG. Siempre la encuentro a usted más hermosa.
ALI. Muy amable. Pero... salude a mi prima.

MIG. Perdón, pollita. Deslumbra usted con la gracia de sus quince abriles.

PIL. Usted siempre lisonjeador. *(Aparte.)* (Estúpido. Más cursi que un cura vestido de paisano.)

MIG. ¡Ah! Me tiene usted enojadísimo, Pilarín.

PIL. ¿Una servidora?

MIG. Mejor dicho: muy lastimado. Ayer la saludé, y creo que no me devolvió el saludo.

PIL. ¡Por Dios! ¿Cuándo?

MIG. En el paseo. Iba usted con las de Monroyo.

PIL. ¡Ah! No le vi. No le extrañe. Entre tanta gente distinguida...

MIG. ¡Miren la pardilla, qué coces sabe tirar!

PIL. Porque aunque sea de pueblo, estoy bien educada. *(Se pone a leer. Silencio embarazoso. Miguel indica por señas que Pilarín estorba. Alicia le responde con gestos de resignación. Laínez, en el foro.)*

LAI. Este me sacará del apuro. Miguelito, ¿me prestas...?

MIG. *(Viveza.)* No llevo suelto.

LAI. Se trata de un pitillo. Da la casualidad que me he venido sin tabaco. *(Alicia pasa a formar grupo con Pilarín.)*

MIG. Sí que es una casualidad. *(Le ofrece pitillos.)*

LAI. Con tu permiso, voy a tomarme tres o cuatro.

MIG. No sea usted tan corto. Con esa timidez no va a ninguna parte.

LAI. ¡Qué canallita eres, hijo! ¡Después de lo que uno está haciendo por ti!

MIG. Señor Laínez: favores que se echan en cara, dejan de ser favores.

LAI. Contestación ya tengo para tu sentencia de calendario. Y bien sabrosa. Pero... dejémoslo empezado. *(Transición.)* ¿No te has traído impermeable?

MIG. Si hace un sol que achicharra.

LAI. ¡Ilusiones! Sopla un vientecillo tempestuoso, que me pone carne de gallina. Yo no sé lo que pasa. Pero pasa algo. Me da la víscera que nuestra privanza está en crisis.

MIG. ¡Bah! La suya, no digo que no. Pero lo mío, va mejor que nunca .

LAI. ¿Estás seguro?

MIG. Estoy... liando la muleta, como quien dice.

LAI. Cuidado con pinchar en hueso; que por ahí vienen los «desavíos».

MIG. *(Fatuidad.)* Hasta los dátiles. Le brindo el estoconazo.

LAI. Pediré la oreja.

MIG. Sí; pero antes écheme un capote, llevándose a la lugareñita. Me hace mal tercio.

LAI. Mi especialidad. *(Se acerca a Pilarín y a Alicia.)* Vamos a ver, Pilucha: tú que te pasas la vida en el jardín, a que no has visto una cosa curiosísima? Un nido de ruiseñores que hay en la rosaleda.

PIL. Verdaderamente.

LAI. Verás qué monada. Tú ya lo has visto, ¿verdad, Lilí?

ALI. Muchas veces.

LAI. ¿Y tú también?

MIG. ¡Anda! ¡Ya me conocen los pajarillos!

LAI. Vamos nosotros, Pilín. Es un encanto. *(Inicia el mutis hacia el foro. Pilar le sigue.)*

PIL. *(Al mutis.)* Le advierto que ya no se me engaña con nidos. Voy..., porque voy. *(Desaparecen por el foro.)*

ALI. ¿Por qué se lleva a mi prima? ¿Sabe algo?

MIG. No temas. Es nuestro protector desinteresado.

ALI. ¿Desinteresado? Tú deliras, Miguel.

MIG. Necesitamos un confidente. ¿Y quién mejor?

ALI. Si no nos traiciona...

MIG. Se guardará mucho. A otra cosa. ¿Has leído mi carta?

ALI. Sí.

MIG. ¿Y qué?

ALI. Lo que me propones es una indignidad.

MIG. Un remedio heroico. La situación...

ALI. Si no te quisiera como te quiero, para no mirarte a la cara.

MIG. ¡Alicia!

ALI. ¡Fugarnos! ¿Y mis padres? ¿Y mi casa? ¿Y mi reputación? Te perdono, Miguel, porque me has vuelto loca. Pero no debía perdonarte.

MIG. *(Aparte.)* (¡Bueno; ésta ha salido a su tío Paco!)

ALI. ¡Lo que me has hecho llorar! Una puñalada, me habría dolido menos que tu proposición.

MIG. Es la senda más corta.

ALI. No hay que pensar en las sendas cortas; sino en las sendas honradas. ¿Me quieres? Pues gáname noblemente.

MIG. Eso se dice muy pronto.

ALI. Háblales a mis padres.

MIG. Y del primer puntapié, me echan al tejado. ¡Ni ambiciones que tienen para ti!

ALI. Yo les diré que te quiero, y he de ser tu esposa, con o contra su voluntad. ¿Qué puede ocurrir? ¿Que no me den nada? ¿Y qué?

MIG. Un negocio redondo.

ALI. Nos iremos mundo adelante. Con nuestro cariño y nuestra juventud, nos sobra.

MIG. Para un suicidio romántico, desde luego.

ALI. Así, ven a buscarme cuando quieras. Saldré de mi casa con el corazón dolorido; pero con la frente muy alta. ¡De otra manera, no!

MIG. *(Aparte.)* (Aquí hay que tirar de truco.) *(Muy compungido.)* Perdóname, Alicia, he tenido un mal momento, lo reconozco.

ALI. No esperaba menos de ti.

MIG. Pero me enloquece el miedo a perderte. Por ahí se susurra que tú y Gorito...

ALI. ¡Habladurías!

MIG. El se deja decir que es ya cosa hecha.

ALI. ¡Miente!

MIG. Y tu padre lo corrobora casi.

ALI. Sin contar conmigo. ¿Verdad?

MIG. Comprende el efecto que tienen que hacerme esos rumores.

ALI. Si me doy cuenta, Miguel.

MIG. Por eso, en mi locura, te he propuesto lo que tú llamas una indignidad. Te lo he propuesto con el pensamiento y el corazón en alto. Para mí habías de ser sagrada.

ALI. *(Emoción.)* Gracias, Miguel.

MIG. Busco solamente hacer imposible tu boda con el rival odiado. Luego, mi nombre ampararía tu locura de amor. Mi brazo sabría castigar a quien osara mirarte sin hincar la rodilla. *(Aparte.)* ¡Hay que ver cómo manejo el latiguillo!

ALI. *(Claudicante.)* ¡Miguel!

MIG. Pero ahora lo comprendo. Mi deber es otro. Nada de arrastrarte al escándalo ni al sacrificio. Sigue tu camino, sin reparar en mi pobre corazón, que sangra.

ALI. ¿Qué dices?

MIG. Cásate con Gorito. Sé dichosa con él y con sus borregos, sin acordarte de este pobre bailarín, que ha tenido la osadía de poner la ilusión donde no pueden subir sus alas. *(Aparte.)* (¡Señores, cómo estoy!)

ALI. No, Miguel. Con tu generosidad me vences. Haré lo que tú quieras.

MIG. ¿Para qué? Contra el destino es imposible luchar.

ALI. ¡Todo antes que perderte! *(Apoya la cabeza en el hombro de Miguel, y solloza.)*

MIG. ¡Qué grande es Dios! (¡Se me iba a escapar, conociéndole el flaco!) *(Un silencio. Manolo por la izquierda.)*

MAN. *(Se detiene al ver el cuadro.)* ¡Es para morirse de rabia! *(Avanza, iracundo.)* Señor: usted viene a esta casa como profesor de baile, o viene a otra cosa? *(Suelta las manos.)* Contésteme.

MIG. No me parece usted el más indicado para formular esa pregunta.

MAN. Pero sí para arrojarle de aquí, donde paga usted mal una confianza que no me merece.

MIG. *(En caballero.)* ¿Sabe usted lo que ha dicho?

MAN. Dicho está, con todas sus consecuencias.

MIG. Alicia, ¿usted oye?

ALI. *(Suplicante.)* Manolo, por Dios.

MAN. Tu padre no desaprobará lo que acabo de hacer. Estoy seguro.

ALI. *(Llorando amargamente.)* ¡Manolo! ¡Le quiero! ¡Le quiero con todo el corazón!

MAN. ¿A este hombre?

ALI. Sé bueno, no destruyas mi felicidad.

MAN. *(Esfuerzo sobrehumano.)* Está bien, prima. Si es tu felicidad..., yo no he visto nada. Me han enseñado desde pequeño a no destruir.

ALI. *(Emoción.)* Gracias, Manolo; muchas gracias.

MAN. ¡Si supieras lo que me cuesta tu gratitud! ¿Dónde está mi hermana? ¿Dónde está mi madre? *(Desaparece por la derecha.)*

MIG. ¡Es de alivio el pariente!

ALI. Compadécelo. Admíralo. El me quiere también. ¡Ahora he visto cuánto me quiere!

MIG. (Aquí, a cada paso un tropiezo. Y el cachorro éste debe ser de cuidado, cuando se suelta la melena.) Tranquilízate, vida.

ALI. Vete. Miguel.

MIG. ¿Que me vaya?

ALI. Necesito estar sola. Llorar mucho.

MIG. ¿Pero...?

ALI. Ya sabes. ¡Todo antes que perderte!

MIG. Adiós, entonces. *(Al mutis.)* El amo, menda. *(Desaparece por la izquierda.)*

ALI. ¡Virgen mía! ¿Por qué puede esta locura más que yo? *(Llora sin consuelo. Laínez y Pilarín por el foro.)*

PIL. ¡Si sabía yo que eso del nido era camama!

LAI. No, Pilucha. Lo habrá quitado algún rapaz.

PIL. *(Reparando en su prima.)* ¿Qué te pasa a ti?

ALI. Nada, rica, nada. *(Secándose los ojos.)*

LAI. ¿También tú haciendo pucheritos? En esta casa ha entrado el demonio.

PIL. Ya debe hacer tiempo.

LAI. Alicia, ¿puede saber tu abuelo adoptivo a qué viene esta «perrita»?

ALI. Señor Laínez, no estoy para cuchufletas.

LAI. Ya, ya lo veo.

PIL. Pues, calle, y respete el dolor de mi prima.

LAI. Niña. Te vas soltando de un modo alarmante. *(Francisco, por la izquierda.)*

FRAN. Pilín, ¿ha venido tu hermano?

PIL. Creo que no.

ALI. *(Disimulando.)* Sí, tío. Por ahí dentro anda.

FRAN. *(Se acerca a la derecha.)* ¡Manolo! ¡Manolo! *(Pausa breve. Manolo en la derecha.)*

MAN. ¡Papá!

FRAN. Llévate a las chicas de paseo. Abajo tenéis el coche.

MAN. Está bien.

FRAN. Almorzáis en cualquier parte. ¿Necesitas dinero?

MAN. No.

FRAN. Pues, andando.

MAN. Vamos, Pilín.

PIL. ¿Has oído, Alicia?

ALI. ¿Yo también?

FRAN. Las chicas, he dicho. *(Obedecen Alicia, Pilarín y Manolo, sin replicar.)*

LAI. Quien manda, manda, y... cartuchera en el cañón.

FRAN. ¿Qué murmura usted?

LAI. No he dicho esta boca es mía.

FRAN. Más le vale. Voy a preguntar a Ruperta. *(Desaparece por la derecha.)*

LAI. No sé por qué me tiemblan las carnes. *(Lucio por el foro, anonadado.)*

LUCIO. *(Asoma la cabeza.)* ¿Estás solo? Respiro.

LAI. Mi querido Lucio.

LUCIO. ¿Ves, Laínez, la que me has buscado? Te lo dije mil veces: «¡Que me buscas una ruina!» Y tú, erre que erre.

LAI. Pero ¿qué dices?

LUCIO. ¿Qué van a decir ahora de mí? ¡Adiós reputación de caballero honorable!

LAI. ¿Qué pasa? No me vuelvas loco.

LUCIO. Lo que tenía que pasar. Ruperta se ha enterado de que tengo una amante.

LAI. ¡Cómo! ¿Ruperta sabe?

LUCIO. ¡Todo! Me ha cogido un papel escrito por Clarita. Me lo dejé olvidado en el bolsillo del batín.

LAI. Con simples no se puede ir al cielo.

LUCIO. ¡Hombre, insúltame encima!

LAI. Se mata uno la cabeza discurriendo, y le estropeas los planes mejor urdidos. Has procedido como un colegial. ¡Qué contratiempo!

LUCIO. ¡Ella que ha jurado escabecharme a la menor sospe-

cha de infidelidad! Ah, no; y me escabecha. Yo la conozco. Mañana estoy haciendo en una pescadería de bonito.

LAI. ¡Sí que nos has metido en un berengenal!

LUCIO. Pero hombre, Laínez, acuérdate: Yo tranquilo en paz vivía. Y tú no cejaste hasta que...

LAI. Porque te convenía.

LUCIO. Ya lo estoy viendo.

LAI. Ahora, que yo nunca pude sospechar que fueses tan bolonio.

LUCIO. Si ya te advertí que no estaba entrenado. No me recrimines. Sálvame, por lo que más quieras.

LAI. ¿Cómo?

LUCIO. Mil pesetas, dos mil, tres mil, si me salvas.

LAI. ¿Has dicho cuatro mil pesetas?

LUCIO. Había dicho tres mil; pero da lo mismo.

LAI. (*Meditando.*) Espera. ¿El papel va firmado?

LUCIO. No.

LAI. ¿Y dirigido a tu nombre?

LUCIO. Tampoco. Son dos renglones escritos en un trozo de carta.

LAI. Menos mal. No está todo perdido. (*Gemidos y voces por la derecha.*)

LUCIO. (*Espantado.*) ¡Laínez, qué viene!

LAI. Calma, hombre. Confía en mí, que soy tu amigo. Ocúltate un poco, para evitar el primer choque.

LUCIO. (*Obedece rezando.*) Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero... (*Por la derecha, Ruperta, apoyada en los brazos de Casilda y miss Ketty. Tras ellas Francisco.*)

CAS. (*Apenada.*) Por Dios, Ruperta, cálmate.

RUP. No puedo. ¡Veinticinco años de exclusiva! Y en la edad de las seguridades, verme hollada de este modo.

FRAN. ¡Mujer! Tanto como hollada...

RUP. Hollada, Paco. No querais endulzarme el trago, con azúcar está peor.

LAI. ¡Divino cordero! ¿Qué sucede?

KET. (Cínico.)

RUP. ¡Ay, amigo Laínez! Soy la mujer más dedichada del globo terráqueo. (*Entre Casilda y Ketty la acomodan en un sillón.*)

LAI. ¡Explíqueme, por caridad!

KET. (Siempre hacer comedios).

FRAN. Nada, si no es nada, después de todo.

RUP. ¡Ese miserable que me engaña!

LAI. ¿Quién, Lucio?

RUP. Ese monstruo.

LAI. ¡Por Dios, señora, si es un santo!

RUP. No saque usted la cara por él.

CAS. Así llevamos una hora.

FRAN. Y que no hay quien la tranquilice. Estas histéricas son atroces.

LAI. Yo no puedo creer una parecida infamia de Lucio.

RUP. Usted es un hombre delicado, incapaz de ciertas cosas. Pero Lucio ha sido siempre un basurero.

LAI. Protesto. Lucio es la corrección en persona.

RUP. Que le veo a usted tocando la guitarra.

LAI. *(Teatralidad.)* Sáqueme usted los ojos. Ciego seguiré didiciendo lo mismo.

RUP. Porque es usted tan pendón como mi marido.

KET. Más.

LAI. Seguiré diciéndolo mientras una prueba inconcusa no me haga callar.

RUP. ¿Sí? Pues tome, lea esa abominación. (*Saca el papelito y se lo entrega.*)

LAI. ¿Qué? (*Alzando los ojos al cielo.*) ¡Gracias, buen Dios! No importa que tu humilde siervo quede como una zapatilla rusa, si la paz vuelve a florecer en este hogar.

RUP. ¿Qué dice este hombre?

LAI. Ruperta: ¡Aquí no hay más que un miserable; aquí no hay más que un monstruo!: ¡yo!

TODOS. ¿Eh?

LAI. Despréciemo; arrójeme de su lado. Ese inmundo mensaje no iba dirigido a Lucio; sino a mí.

TODOS. ¡Oh!

LAI. Charlábamos; yo le hacía confidencias; mostréle el papel y se lo guardó distraídamente en el bolsillo. Pero juro por las cenizas de mis mayores, que me lo escribió a mí, una de mis muchas... admiradoras.

LUCIO. (*Dándose a ver.*) Gracias, Laínez. El que tiene un amigo no sabe lo que tiene.

RUP. ¡Laínez, qué peso me quita usted de encima!

LUCIO. ¡Pues a mí!

RUP. De acabar mis días en Alcalá de Henares, a morir tranquilamente en mi cama.

KET. A mí olerme a combina.

FRAN. Y a mí.

LAI. *(Aparte.)* A que me machaca también este éxito la cotorra.

FRAN. A ver, a ver, Laínez: ¿Qué bulo es ese que quiere hacernos tragar?

LAI. ¡Don Francisco!

FRAN. Chantagistas, dentro de casa, no. Sería el remedio peor que la enfermedad.

LAI. Don Paco, le juro por mi honor...

FRAN. No diga usted tonterías.

RUP. Y yo idiota de mí, que me había llegado a creer el cuento. *(Se levanta terrible.)* Lucio, ponte bien con Dios.

FRAN. (*Contiene a Ruperta.*) A mí no me la da de primo, ni usted ni el Ratón Pelao, que en paz descanse.

LAI. *(Aparte.)* (Hay que quemar hasta los tacos.) *(Histrionesco.)* ¡Cómo! ¿Se pone en duda mi palabra?

KET. Yes.

FRAN. Su palabra y su firma.

LAI. Felizmente, me será fácil confundir a los incrédulos. Un momento. (*Desaparece por la izquierda en actitud trágica.*)

CAS. ¿A dónde va?

FRAN. Ese no vuelve.

RUP. Lucio, ve rezando el Credo.

LUCIO. Tita, que soy inocente.

RUP. Reza el Credo.

FRAN. ¿Para qué, si ha de ir al Limbo?

LUCIO. Hermano, no eches leña al fuego.

CAS. Calla, Paco. Haz el favor. (*Laínez, por la izquierda, trayendo a Clara de la maño.)*

LAI La paz sagrada de este hogar lo exige. Habla. ¿Tú has escrito este papel?

CLA. (*Con los ojos bajos, sollozante.*) Sí.

LAI. ¿A quién?

RUP. Eso es: ¿a quién?

CLA. *(Lloriqueando.)* Al... señor...

RUP. ¡Al señor! ¡Brrre!

LAI. Déjenla concluir. ¿A qué señor?...

CLA. Al... señor... Laínez.

RUP. ¡Desventurada!

CAS. Pobre chica.

CLA. Me armó un lío en la cabeza, como si me hubiera dao polvos de embrujar.

KET. ¡Canallo!

FRAN. Y parece que no las toca.

LUCIO. ¿Te has convencido, Tita de mi corazón?

RUP. Sí, Lucio mío. Perdóname. Los celos me trastornaron.

LUCIO. Un abrazo, y aquí no ha pasado nada.

RUP. Uno es poco. Diez mil. *(Le abraza y besuquea.)*

CAS. ¡Gracias a Dios!

RUP. *(A Clarita.)* Puedes retirarte, desdichada. Ahora determinaremos.

CLA. Como la señora mande.

FRAN. Un momento. Queda otra cuestión por ventilar. Y ahora entro yo en funciones.

LAI. No nos complique más la vida, señor.

FRAN. ¡Usted se calla cuando hablan los hombres!

LAI. ¡Ah, bueno, bueno!

FRAN. Como todos los presentes hemos comulgado hace tiempo, se puede hablar sin rodeos. A ver, Clarita; tú y este..., vamos a llamarle caballero, os entendéis.

CLA. Sí, señorito. Me ofreció hacerme cupletista... Y una...

FRAN. ¡Muy bonito!

LAI. ¡Pche! Artimañas que uno se trae. A falta de pápiros, hay que derrochar ingenio.

FRAN. ¡Muy moral! ¡Muy edificante!

LAI. Uno es de barro...

FRAN. ¡Y de qué barro, camarada! Pero me parece a mí que esta vez le ha salido el tiro por mala parte. ¿Usted dónde conoció a esta pobre chica?

LAI. Aquí.

FRAN. ¿Y aquí se consumó el delito?

LAI. Claro.

FRAN. Pues una infamia de ese calibre no se ha cometido jamás impunemente bajo el techo de un Alcor de Trascueva.

LAI. *(Espantado.)* ¿Qué quiere usted decir?

FRAN. Quiero decir que en nuestra familia es tradición inveterada salir por el honor de las sirvientes que se confían a nuestra custodia.

LAI. No le comprendo bien.

FRAN. Yo se lo explicaré: Un hermano de mi padre se enredó con la doncella de mi abuela. Y mi abuelo le obligó a desposarla. Mi hermano el mayor tuvo un tropiezo parecido, y casado está con la que fué mi niñera.

LUCIO. Exacto, exacto.

LAI. *(Horrorizado.)* ¿Y según esa costumbre?...

FRAN. Según esa costumbre, que continúa en vigor, usted se casa con Clarita por las buenas o por las malas.

LAI. ¿Yo marido de esa pajarita loca?

FRAN. ¡Usted! En estas cuestiones nó hay más que una moral verdadera: «El que la hace la paga.»

LAI. Oiga usted; pero si yo...

FRAN. Usted se casa con Clarita.

LAI. Lo que es eso...

FRAN. Pues si mi hermano no le rompe el bautismo, tendré el gusto de rompérselo yo con un buen rotén.

LAI. ¡Pero, por Dios bendito, don Paco!

CAS. Calle. No le replique.

LUCIO. Calla, sí. Te trae más cuenta.

RUP. Paco: la ley de Dios habla por tu boca. Déjame que te venere. Tú y yo seremos padrinos.

LAI. Sí que me la he ganado.

KET. *(Se adelanta hacia Francisco, tendiéndole la mano.)* Mister Pacó.

FRAN. ¿Qué hay, linda britana?

KET. Vengan esos cinco dátiles. ¡Osté ser un hombre; osté ser un hombre!

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración. Anochece.

RUPERTA vestida con lujo estrepitoso. Lleva cortado el pelo.

RUP. *(Coqueteando.)* ¿Qué tal me encuentra, amigo Laínez?

LAI. Estupendamente guapa.

RUP. ¡Bah! Hermosura de cuarenta y cinco para arriba.

LAI. Y estupendamente elegante.

RUP. De eso ya puedo presumir un poco más.

LAI. De eso y de todo, señora. Está usted como para jugarle a Lucio una mala partida.

RUP. ¡Adulador! ¿De veras me encuentra fasionable?

LAI. Fasionabilísima.

RUP. Me congratula. Porque usted es votc de calidad. Lleva usted fama de mirar mucho a las mujeres. ¡Picaruelo!

LAI. Miro a las mujeres bonitas, que me hablan de belleza y de juventud. Eso sí; las miro sin apetecerlas. Como me deleitan las flores de un jardín, sin que se me ocurra la idea de arrancarlas del tallo.

RUP. ¡Ya está usted bueno!

LAI. Un infeliz. Pero volvamos a usted. ¡Mi madre, qué de alhajas!

RUP. Dicen los envidiosos que andamos de capa caída, y quiero darles un «mentis».

LAI. Mentís diría yo, Rupertita.

RUP. ¡Ah! ¿Es esdrújula esa palabra?

LAI. Sea lo que fuere, usted diga mentís. Y perdone el palmetazo.

RUP. Al revés. Lo agradezco. Usted es mi «mentón».

LAI. ¿Su barbilla, señora?

RUP. ¿No son «mentones» los que enseñan?

LAI. Mentores.

RUP. Yo había oído campanas.

LAI. Bueno que las oiga, pero no confunda los toques.

RUP. ¡Ay, amigo Laínez, si yo hubiera tenido siempre a mi lado un maestro como usted!

LAI. ¡Pobre de mí! Voluntad, afecto y nada más.

RUP. Lo que siento es que voy a quedarme sin sus consejos. Porque como se nos casa usted...

LAI. *(Nervioso.)* A propósito de eso: le pido, por todos los santos del cielo, que le quite a su cuñado de la cabeza la idea de hacerme casar.

RUP. ¿Quitarle a Paco una idea de la cabeza? ¡No pide usted nada!

LAI. ¡Tendré que pegarme un tiro!

RUP. Pero, hombre de Dios, si ha engañado usted a la pobre Clarita, lo natural y lo decente es que se case con ella...

LAI. Señora, no me haga usted hablar. Que lo que me pasa a mí, lo ponen en un folletín y dicen que el folletinero es un neurasténico.

RUP. ¿Ha sentido usted una pasión bastarda? ¡Pues a pagar las consecuencias!

LAI. ¿Y si yo le dijese...?

RUP. Nada. No me hable de eso, o me incomodo. A Clarita le están haciendo el «trouseau». Y en cuanto se arreglen los papeles...

LAI. ¿Por qué no me comerá un lobo? *(Clara en la izquierda.)*

CLA. El señorito Paco y la señorita Casilda.

RUP. Que pasen, mujer. A los de casa no se les anuncia.

CLA. El señorito Paco viene hoy con cara de pocos amigos, y me ha mandado que los anunciara. *(Desaparece.)*

LAI. ¡Ese hombre! ¿Cuándo se marchará a su pueblo?

RUP. Hay huesped para rato.

LAI. ¡Cómo me ha partido por el eje! *(Francisco y Casilda en la izquierda.)*

FRAN. ¿Se puede?

RUP. Adelante, hombre. ¿A qué fin andáis con etiquetas?

FRAN. Es que vengo a poner los puntos sobre las íes. Ya observarás que traigo cara de juez.

LAI. *(Aparte.)* Alah, ten compasión de nosotros.

CAS. ¿Qué tal, Ruperta?

RUP. Encantada de haber nacido. ¿Y tú, Casilda?

CAS. Un poco más molesta que estos días pasados. Usted, señor Laínez, ¿qué cuenta?

LAI. Pues que los terremotos del Japón fueron un pasatiempo junto a lo que yo podría contar.

FRAN. Pues no lo cuente, que no estamos para oír tonterías.

LAI. *(Aparte.)* Sí que trae los pantalones hípicos.

FRAN. Oye, tú. ¿Y mi hermano?

RUP. Vistiéndose para ir a la verbena. ¿Vosotros no queréis venir?

FRAN. ¡Está la Magdalena para tafetanes!

CAS. Chica, si no tengo humor para nada. Además; ¿qué papel hacemos nosotros en fiesta de tanto ringo-rango?

FRAN. Esta y yo nos iremos a dar un paseo. O al cine. *(Volviéndose rápidamente a Laínez.)* O a donde nos dé la gana. ¿Qué me mira usted?

LAI. Don Paco, que yo no quiero cuestiones; y con usted menos.

FRAN. Pero antes me van a oír los sordos. Ahora que reparo, Ruperta: ¿has tenido el tifus?

RUP. ¿Yo?

FRAN. Como te han rapado la cabeza...

RUP. Es lo más chic. El peló a lo garsone. Hasta la reina de Bélgica lo lleva así.

FRAN. ¡Cristo, qué modas! El pelo al rape, fumar, medio desnudas... ¿Cómo ha de llover, Señor, cómo ha de llover?

RUP. Pero escucha, Paco de mi vida...

FRAN. Vamos a doblar la hoja. ¿Dices que Lucio está en su cuarto?

RUP. Sí.

FRAN. Voy a cantarle las cuarenta. *(Otra vez se vuelve a Laínez.)* Y usted quítese de mi vista, haga el favor. *(Desaparece por la derecha.)*

LAI. A mí este hombre me acoquina. Me marcho y no vuelvo por aquí mientras no vea su esquela en los periódicos.

RUP. Laínez, un poco de memoria. Tiene usted que recontar las boletas de la tómbola.

LAI. Ya no me acordaba. ¡Claro!

RUP. En el despacho están. Cuéntelas bien.

LAI. Hasta siempre, doña Casilda. *(Al mutis.)* ¡Jehová! ¿Para cuándo son las embolias? *(Desaparece por la derecha.)*

RUP. ¿Qué mala hierba ha pisado hoy tu marido?

CAS. Está desatinado.

RUP. ¿Tenéis alguna contrariedad?

CAS. Nuestra, no...

RUP. ¿Qué sucede?

CAS. No sé si debo... Ya me conoces. Me violenta mucho dar un disgusto.

RUP. Habla, por el amor de Dios.

CAS. De hermana a hermana, Ruperta. ¿No vivís con demasiada ostentación?

RUP. Como nos corresponde, Casilda.

CAS. Perdona si mis palabras te duelen. No es mi propósito mortificarte, pero...

RUP. ¿Pero qué?

CAS. Se me figura que aparentáis más de lo que podéis y más de lo que os corresponde. Al fin y al cabo, sois unos ricos de pueblo.

RUP. Yo estoy bautizada en la ciudad de Daroca.

CAS. Y en cuanto a presumir de aristócratas...

RUP. De eso no digas. Claro que no venimos de los cuatro Pares de Francia....

CAS. Doce. Los Doce Pares.

RUP. Tienes razón. Ya no me acordaba que fueron dos docenas justas.

CAS. Por ahí viene el malhumor de Paco. Le han dicho que gastáis más de la cuenta, que van medianamente vuestras cosas...

RUP. ¡Chismes!

CAS. Que se os comen por los pies unos cuantos desaprensivos, y encima se os ríen...

RUP. ¡Envidias!

CAS. Yo me alegro de que sea así. Pero a Paco ya le conoces. Ha venido al hotel hecho una fiera. Y os dirá cuanto se le ocurra.

RUP. Ya se convencerá de que todas esas habladurías son desahogos de gente envidiosa.

CAS. ¡Dios mío! Me vuelves el alma a su sitio. Ya os imaginaba en la ruina.

RUP. ¡Sí ,sí!...

CAS. Y en ridículo, que es casi peor.

RUP. ¿Por qué no me acompañas a la verbena? Allí verás lo que supone tu cuñada.

CAS. ¿Para qué? Te creo y me tranquilizo.

RUP. Por cierto. ¿No has visto a las niñas?

CAS. No.

RUP. Dos encantos. Lo mismo tu Piluca que mi Lilí, van que no les falta detalle. Y están monísimas. Te aseguro que darán el golpe. Anda, vamos a que las veas. *(Se encaminan hacia la derecha en el momento que llegan Francisco y Lucio.)*

FRAN. ¿A dónde vais?

CAS. A ver a las niñas.

FRAN. Ve tú sola, Casilda. A ésta la necesito un momento.

RUP. ¿Cómo dices?

FRAN. Que te sientes ahí y prepares esos charapotes que aspiras cuando te haces la desmayada.

CAS. ¡Por Dios, Paco!

FRAN. Tú anda a ver a las niñas. *(Casilda desaparece por la derecha.)*

FRAN. Siéntate, mujer, que te coja el chaparrón en buena postura.

RUP. *(Sentándose.)* Paco, me estremeces.

FRAN. *(A Lucio.)* Tú, abúlico, siéntate también.

RUP. Eso es faltarte, prócer.

LUCIO. No lo exasperes. *(Se sienta.)*

FRAN. Estamos solos, ¿verdad? ¿No anda por ahí ese joroba de Laínez, que es lo más parecido a una sabandija?

LUCIO. Por lo visto hay para todos.

FRAN. ¿Ni ese bailarín muerto de hambre, tampoco? *(Revisa la estancia.)*

RUP. Lucio, tu hermano se propasa.

LUCIO. Déjalo. Solos estamos Paco. Di lo que quieras.

FRAN. Pues, queridos hermanos, sois unos perfectos imbéciles.

RUP. ¡Francisco!

FRAN. Y, además, unos cursis, de los que se ríen hasta las moscas.

LUCIO. Hermano, repórtate. Ten en cuenta que Tita es muy nerviosa.

FRAN. Si tú fueras un hombre y no un calzonazos, ya te daría yo la receta infalible para curarle los nervios.

RUP. Esto no se puede oír.

FRAN. Pues estamos en el exordio, distinguida cuñada.

RUP. Yo me voy. *(Se levanta.)*

FRAN. Tú te quedas ahí quietecita y oyes las verdades como puños que voy a decir.

RUP. Me ahogo. Me muero. ¡Ay, ay, ay! *(Convulsa.)*

LUCIO. *(Acudiendo a socorrerla.)* Paco, yo creo que te excedes. ¡Mira esta pobre!

FRAN. No te asustes; es comedia pura. Pataleta de niño mal criado para no tomar la medicina amarga. Pero la toma. ¡Por mi nombre, que la toma!

LUCIO. Ya lo oyes. Pierdes el tiempo accidentándote.

RUP. *(Rabiosa.)* Porque tú eres un Juan Lanas.

FRAN. Claro que sí. De otro modo, ¿cómo había de suceder en esta casa lo que sucede?

RUP. ¿Pero qué sucede aquí? Habla.

FRAN. Sucede que por el gustazo de que os digan los periódicos cuatro tonterías, y por el aquel de alternar con unos señores que os tienen lástima, y con otros que parecen señores y os explotan y se ríen, estáis camino de la ruina.

RUP. Eso...

FRAN. Me consta positivamente. Yo no hablo nunca a humo de pajas. He oído cosas que me hacían enrojecer.

RUP. Son invenciones de los que nos envidian .

FRAN. Son verdades terribles que he comprobado por mí mismo. En dieciocho meses habéis quemado treinta mil duros.

RUP. Mentira.

FRAN. *(A Lucio.)* Habla tú.

LUCIO. Es porque hemos hecho compras.

RUP. La villa...

FRAN. La parte mayor de ese dinero se ha consumido en alhajas, en trapos, en bambolla...

RUP. Pero, comprende...

FRAN. No comprendo sino que os quedan sesenta mil duros de capital. Para tres años, si lleváis ese camino. Y luego, ¿qué? ¿Seguiréis figurando? ¿Os darán de comer esos que os adulan? ¡Pobres de vosotros el día que no puedan hincharse a vuestra costa!

RUP. *(Sollozante.)* ¡Paco!

FRAN. Y lo peor es que se os ríen; que os escarnecen. Vosotros, envenenados por la letra de molde, no lo advertís. Pero yo no quiero consentir que se burlen de ti, que eres mi hermano, ni de ti, que eres mi cuñada.

LUCIO. *(Con emoción.)* ¡Hermano!

FRAN. Sobre todo, que aquí va a haber una víctima inocente: la pequeña, que ahora vive halagada por todos los inciensos, y luego será una señorita pobre. Si antes no le sorbe el juicio algún cazador de dotes, como ese bailarín sin decoro.

RUP. ¿Qué monstruosidades estás diciendo?

FRAN. Por lo que pueda tronar, desde ahora mismo se acaban las lecciones de baile. Y cuanto menos ponga por aquí los pies el tal Miguelito, será mejor.

RUP. ¡Oh, oh! Te has vuelto loco y no lo sabes.

FRAN. En cuanto a lo otro, vosotros sois mayores de edad y podéis arruinaros como os plazca. Pero mi sobrina no acabará en señorita pobre, de la que huyan espantados los chicos casaderos. Mañana mismo iremos a un notario, y se pondrá a su nombre la mitad de lo que os queda.

LUCIO. Eso no puede ser.

RUP. Claro que no.

FRAN. Haré que os declaren pródigos y os encierren en una casa de salud.

LUCIO. ¡Qué barbaridad!

FRAN. ¡Como me llamo Francisco!

RUP. ¡Dios mío! Nos tratas como un verdugo.

FRAN. Como un verdugo, ¿verdad? Como un hermano dispuesto a quemar su hacienda y el porvenir de sus hijos, si fuera preciso, por salvaros de una ruina no buscada. Como un herma-

no que no quiere consentir que sigan riéndose de vosotros, ni que peligre el porvenir de vuestra hija. *(Pausa solemne.)*

RUP. *(Humilde, llorando.)* ¡Paco!

LUCIO. *(Idem.)* ¡Hermano! Te portas con nosotros mejor que el mejor padre.

FRAN. ¡Y aun me llama verdugo esta desustanciada! Marcháos inmediatamente. Dejadme solo hasta que se me pase la calentura. *(Sacude los muebles bárbaramente. Ruperta y Lucio desaparecen por la derecha abrazados y compungidos. Pasea a grandes trancos, gesticulando, y enciende un cigarrillo.)* Luego dicen que uno es salvaje. Y que tiene un genio imposible. ¡Claro! Habría de ser de piedra para no saltar. *(Mira a la derecha.)* ¡Pobres! Los he llevado a patadas. ¿Por qué tendré yo este cochino carácter? *(Una pausa breve. Pilar, por la derecha, muy repeinada y peripuesta. Sale presurosa en dirección del foro y se detiene.)*

PIL. ¿Aquí estás tú, papá?

FRAN. Aquí.

PIL. ¿No me miras? *(Ingenua.)*

FRAN. ¡Muñeca mía! ¡Estás preciosa!

PIL. ¿Verdad que sí?

FRAN. Hecha un cromo. Ven que te dé un beso. *(La besa en la frente con honda ternura.)*

PIL. Pues aun me falta el mantón.

FRAN. ¿Mantón y todo va a llevar mi encanto?

PIL. Precioso, precioso.

FRAN. Como una mujercita. *(Se sienta.)* Ven.

PIL. No, que voy al jardín a cortar claveles para los prendidos. Me manda Lilí.

FRAN. Luego irás. *(Se la sienta en las rodillas.)* Ven, corazón, ternura mía. *(La acaricia el cabello.)* Hoy no entenderás lo que voy a decirte. Pero algún día, cuando yo me haya muerto, me consagrarás tu lágrima mejor por estas palabras.

PIL. *(Confusa.)* Papá, ¿por qué te pones así?

FRAN. Por nada, por nada. También a tu padre le ha gustado mucho quemar el dinero. Pero nacísteis tu hermano y tú, y allí se acabó la juerga. ¡A trabajar y a vivir para vosotros!

PIL. Bien lo vemos, papá.

FRAN. ¡No que no! Pues vaya un mérito que tendría el ser hombre, sin este orgullo de decir: «¡Mi casa y los míos hacia arriba siempre! Aunque yo tenga que partirme el pecho con la vida loba!»

PIL. Tú eres un santo, papaíto. Aunque te enfadas y gritas algunas veces, eres un santín. ¡Te quiero yo más!...

FRAN. No me canso de mirarte, muñequilla. ¡Cuidado que estás preciosa!

PIL. ¡Pues si vieras a mi prima!... ¿Quieres que la llame?

FRAN. Bueno.

PIL. *(Se acerca a la derecha.)* ¡Lilí! ¡Lilí! Ven para que te vea mi papá. ¡Ven con mantón y todo! ¡Date prisa, mujer! ¡Verás qué hermosa! *(Alicia, por la derecha, vestida para la verbena, muy triste.)*

ALI. ¡Tío Paco! ¿Qué les ha dicho usted a los papás?

FRAN. Unas cuantas cosas muy desagradables y muy precisas.

ALI. Mamá llora como una Magdalena. Papá suspira abatidísimo.

FRAN. Preferible es que lloren ellos ahora, a que tengáis que llorar más tarde ellos y tú.

ALI. Por mi parte, no puedo agradecérselo.

FRAN. ¿No? Pues por ti se ha hecho la fiesta, sobrina.

ALI. Sin darse cuenta, ha conspirado usted contra mi felicidad.

FRAN. ¿Yo?

ALI. Sí, tío Paco. Contra el anhelo más fuerte de mi corazón. *(Solloza.)* Por usted, me apartan del hombre que quiero.

FRAN. No me amargues la vida, pequeña. ¡Ni satisfecho que estaba yo de mi proceder!

ALI. Si ya sé yo que me quiere como a sus hijos. Pero por usted voy a ser desgraciada.

FRAN. ¿Hay paciencia para oír esto? ¡Vida puerca! Es mucho cuento que no ha de poder uno obrar bien sin causar dolor. *(Se dirige resueltamente hacia el foro.)*

PIL. ¡Papaíto! ¿A dónde vas?

FRAN. ¿Yo qué sé? A que me dé el aire. A que me consuelen los árboles, mis amigos. *(Desaparece por el foro, dolorido y malhumorado.)*

PIL. ¿Ves, Lilí? Has disgustado a mi papá .

ALI. ¿Qué sé yo lo que hago ni lo que digo?

PIL. No eres buena, Lilí. Mi papá te quiere. Mi hermano te quiere. Y les haces sufrir a los dos. Prima, no eres buena. *(Corre hacia el foro, gritando.)* ¡Papá! ¡Papaíto! Espérame. Voy contigo. *(Desaparece, corriendo por el foro.)*

ALI. Tiene razón Pilucha. Pago mal a los que mejor me quieren. Pero si es que yo no soy yo. *(Miguel en la izquierda.)*

MIG. ¿Vestida ya?

ALI. Mi mortaja querría que fuera este vestido.

MIG. ¿Pasa algo?

ALI. Lo peor que podía sucedernos. Mis papás acaban de decirme que desde mañana no hay lección de baile. Me han dicho también que cuanto menos hable contigo, será mejor. Las gentes no le perdonan a nadie que sea feliz.

MIG. ¿Ves? ¿Qué te he dicho cien veces? Por derecho, vamos a la ruina. Y tú, sin querer hacerme caso.

ALI. No sospechaba que las cosas tomasen este giro.

MIG. Ese, u otro peor, tenían que tomar.

ALI. ¡Qué amargo vivir nos aguarda!

MIG. Será porque tú quieres. Aun hay tiempo para ganarles por la mano. ¿Te decides?

ALI. No, no.

MIG. Mira que la ocasión la pintan calva. Y como la que hoy se nos presenta, tarde la volveremos a ver. Una verbena. Barullo. Tu madre metida en harina. Tu padre en las nubes... ¿Cuándo mejor?

ALI. Calla, Miguel, calla.

MIG. Hoy o nunca. Nadie me ha visto entrar. Si tú te resuelves, corro a buscar un taxi, y ¡la del humo! Setenta por hora. A lo que quieran apercibirse, ya la cosa no tendrá remedio.

ALI. ¡El escándalo!

MIG. Naturalmente. Es nuestro recurso.

ALI. ¡Qué situación, Dios mío! *(Solloza.)*

MIG. Con llorar no se adelanta nada. El tiempo vuela. Decide. ¿Sí o no?

ALI. No, no. ¡Resueltamente, no! Esperemos, Miguel. Sea lo que Dios quiera.

MIG. ¿Es tu última palabra?

ALI. Irrevocable.

MIG. Adiós, muñequita del día. Ahí te dejo mi corazón. Afianza en él tus taconcitos Luis XV. No tiene derecho a nada. Ni a quejarse siquiera. ¡Es un corazón de hombre honrado! Ha cometido el crimen de amar. *(Inicia el mutis.)*

ALI. Espera, Miguel. Iré contigo.

MIG. ¿De veras?

ALI. Sí. Después..., ¡Dios dirá! Espérame en la verja.

MIG. Entonces, voy por el coche.

LAI. *(En la derecha. Tos fingida.)* ¡Ejem! ¡Ejem! ¡Caray, qué picor de garganta!

ALI. ¡El señor Laínez!

MIG. *(Aparte.)* ¡Mal rayo te parta, ladrón!

LAI. Nada. Puede el baile continuar. *(Se dirige hacia el foro.)*

ALI. ¿Qué dice este hombre?

LAI. El flirt es el reino de los justos. Uno que sobre o uno que falte, ya no hay flirt.

ALI. *(Se encamina hacia el foro.)* Hasta luego, Miguel.

MIG. Pero...

ALI. ¡Hasta luego! *(Desaparece por el foro.)*

LAI. Perdona, chico. Te he espantado la caza.

MIG. Es usted de oro, hombre.

LAI. Perdona otra vez. Y ya que estamos solos, voy a pedirte un favor. Miguelito, por lo que más quieras, échame una mano.

MIG. Al cuello le echaría las dos.

LAI. ¡Hombre, te pones de una forma!...

MIG. ¡Estoy yo para belenes ajenos!

LAI. ¿También andas apurado?

MIG. ¡A ver! Como que me lo juego todo a una carta.

LAI. Pero lo mío es muy serio. Insisten en casarme con Clarita. Ayúdame tú a salir del atasco. Estoy con el agua al cuello.

MIG. Por mí, puede ahogarse en gracia de Dios.

LAI. Muy bien, muchacho. Cría cuervos y te sacarán los ojos.

MIG. Déjeme en paz. *(Desaparece por la izquierda.)*

LAI. A éste voy a tener que darle en la cresta. Se va insolentando mucho. Y a mí, no. Porque si me apura, le busco a la niña otro profesor de baile. *(La voz de Pilar, dentro.)*

PIL. Mi prima y yo nos quedamos aquí hasta que nos llamen para ir a la fiesta.

FRAN. *(Dentro.)* Como queráis.

PIL. Hasta ahora, papaíto. *(Francisco en el foro.)*

LAI. El terror de las praderas. Yo me escabullo. *(Intenta marchar por la derecha.)*

FRAN. ¡Laínez! Venga acá, hombre. Antes le he tratado de mala manera. Dispense. *(Saca la petaca.)* ¿Usted fuma? *(Ofreciéndole.)*

LAI. *(Toma un pitillo y canturrea.)*

Este no es mi Juan,
este no es mi Juan,
que me lo han cambiao.

FRAN. Bien cantado el estribillo.

LAI. Hace un momento me dejó usted pegado a la pared como una mariposa.

FRAN. Estos prontos que yo tengo.

LAI. He creído que me iba a dar un zarpazo.

FRAN. ¡Si me es usted la mar de simpático! Lo que es que traía los demonios en el cuerpo.

LAI. ¿Es decir, que le soy simpático?

FRAN. Mucho. Sobre todo desde que ha tenido usted ese rasgo caballeroso.

LAI. ¿Cuál, que no recuerdo?

FRAN. El de casarse con Clarita.

LAI. Don Paco, no me mate usted.

FRAN. ¿Acaso se arrepiente?

LAI. Calma, no se sulfure. Vamos a hablar despacio del asunto.

FRAN. No hay nada que hablar. La cosa está en marcha. Yo no me duermo. Ya han llegado parte de los papeles a la Curia.

LAI. ¡Por los clavos de Cristo!

FRAN. Nada, nada. Las cosas en caliente. Dentro de poco, su casa, su mujercita. *(Lucio, por la derecha.)*

LAI. Hombre, Lucio; ahora que tu hermano está de buenas, a ver cómo arreglamos este lío.

LUCIO. No estoy de humor para nada, Laínez.

LAI. Se obstina en casarme.

LUCIO. Naturalmente. Es lo convenido.

LAI. ¡Ah! ¿Tú también? Pues, ¡ea! Esto es absurdo, es intolerable. clama al cielo.

FRAN. ¿El qué?

LAI. Ese prurito de ensogarme con una aspirante a cupletista.

FRAN. ¿Ha bebido, Lucio?

LAI. No, señor; no he bebido. Los que parecen que llevan unas copas de más son ustedes.

FRAN. ¿No ha engañado usted a la muchacha?

LAI. Lucio, habla tú. Me parece que ya es hora.

LUCIO. Sí. Ha llegado el momento de decir todas las verdades. Paco, el billetito de Clara era para mí.

FRAN. ¿Eh?

LUCIO. Pero este amigo leal apeló al subterfugio de decir que era para él por librarme de lo que se me venía encima.

LAI. ¡Gracias a Dios!

FRAN. Vamos claros. ¿Mentíais antes o mentís ahora?

LUCIO. Antes.

LAI. Lo juro por las cenizas de mis mayores.

FRAN. La otra mañana también juró por esas cenizas.

LUCIO. Ahora dice la verdad. Si lo dudas, pregunta a la propia Clarita.

FRAN. Me das una idea. *(Se acerca a la izquierda y llama.)* ¡Clara! ¡Clarita! *(Clarita, a la izquierda.)*

CLA. Mándeme, señorito Paco.

FRAN. ¿Tú vas a contestarme con sinceridad?

CLA. Pregunte.

FRAN. ¿Cuál de estos dos carcamales te iba a lanzar a los varietés?

CLA. El señor. Aquí, mi futuro, ha hecho de tapia.

LAI. Yo, por un amigo, todo.

CLA. ¿Qué por un amigo? Por cuatro mil pesetas que le sacaba usté al señor.

LUCIO. ¡Dios mío, la que se va a armar!

LAI. ¿Otro jaleo! Se enredan como las guindas.

FRAN. Muchacha, ¿es verdad lo que dices?

CLA. Por la salud de mi madre que esté en gloria, señorito Paco.

LAI. ¿Se convence usted?

FRAN. Retírate, Clarita. Y toma. *(Le da un duro.)* Para alfileres.

CLA. Muchas gracias, señorito. *(A Laínez.)* Aprenda, tío Loña. *(Desaparece por la izquierda.)*

FRAN. ¡Hermano! ¡Hermano! Eres un estercolero.

LAI. Menos mal que pega con Lucio.

LUCIO. No me recrimines sin oírme. Yo te explicaré...

LAI. ¿Para qué más explicaciones enojosas? Me das ese piquillo y aquí no ha pasado nada.

FRAN. Calma, calma. La cosa muda de aspecto. Siendo mi hermano el culpable, y no pudiendo reparar en forma debida su mala acción, tiene que repararla con el dinero.

LAI. Está bien. Que le dé unos durillos a Clarita y todos contentos.

FRAN. ¿Cómo durillos? Las cuatro mil pesetas.

LAI. ¿Y a mí?

FRAN. ¿A usted? No me haga hablar.

LAI. Por fas o por nefas el descrismado seré yo. ¡Qué cochina suerte la mía!

FRAN. Le repito que no me haga hablar. Y tú, Lucio, ya sabes. Esas cuatro mil pesetas para Clarita.

LAI. Para ese arreglo..., ¡me caso!

FRAN. ¿Aún sería usted capaz de darle su nombre a una infeliz mancillada?

LUCIO. No, Paco; mancillada, no. Yo no la he mancillado, al menos.

FRAN. ¿Otro jeroglífico?

LUCIO. Verás. Yo no me acordaba ni de que existían las mujeres. Pero aquí, Laínez, me llenó la cabeza de que para vivir a tono con mi rango social necesitaba una amiguita.

FRAN. ¿Eh?

LAI. ¡Pobre nuez de Adán! *(Se acaricia la nuez.)*

LUCIO. Insistió de tal suerte, que me presté a dar que decir.

FRAN. ¡Qué idiota! Y usted, ¡qué canalla!

LAI. Como usted quiera, don Paco.

LUCIO. Pero ha sido una simulación. Este nos buscó un «nido»; me ví con Clara dos o tres veces; le regalé unas chucherías; pero jamás le he dicho por ahí te pudras.

FRAN. ¿Es posible?

LUCIO. La pasión de figurar, ciega como ninguna otra. Y este me aseguraba que mientras no tuviese un lío, me tomarían todos por un pelagatos.

LAI. Y en eso insisto, don Paco de mi alma.

FRAN. ¿Qué clase de hombre es usted? ¡Qué bajezas! ¡Qué ruindades!

LAI. Yo soy un pobre diablo, que no sirvo para nada. Siempre he tenido que vivir así: de la fulla, del bajo enredo.

FRAN. Vamos, yo me ahogo entre estas paredes. *(Casilda por la derecha.)*

CAS. Paco, dice Ruperta, que, si te parece, no irá a la verbena.

LUCIO. Yo creo que no debemos ir.

FRAN. Pero, ¿no es presidente? ¿Y tú no eres también el palillo de la gaita?

LUCIO. Sí; pero...

FRAN. Pues entonces hay que ir. Hoy, a quedar como es debido. Y desde mañana, ¡borrón y cuenta nueva!

LUCIO. Entonces...

FRAN. Nada, hombre. Acabad de arreglaros, y a ponerle al mal tiempo buena cara.

CAS. Vamos, Lucio.

LUCIO. Vamos. *(Desaparecen por la derecha.)*

FRAN. ¿Cómo no se muere usted de vergüenza?

LAI. De ese mal no muere nadie.

FRAN. Yo, antes que vivir así, me quitaría de en medio.

LAI. Ya lo he pensado muchas veces. Pero me falta valor.

FRAN. Y en el fondo, no parece usted malo.

LAI. ¿Malo? Un serafín. Por demasiado bueno, me pasa lo que me pasa.

FRAN. Hombre, por Dios, aplíquese a vivir de otra manera más decorosa. *(Ketty por la derecha, con una bolsa en la mano.)*

KET. Con permisa.

LAI. ¿Me busca usted?

KET. Mí no buscar lagartos.

LAI. ¡Esta miss! Tiene cada cosa.

KET. Aquí tener boletas para la tómbola. Manda señora que osté bajarlas coche.

LAI. ¡Ah, sí! Pues mire, ya se me olvidaba. Deme la bolsa.

KET. La bolsa o el vida pedir osté siempre. *(Le entrega la bolsa.)*

LAI. Me callo por no complicar las cosas. *(Desaparece por la izquierda.)*

KET. Míster Pacó; osté ser caballerizo; osté ser gentleman por dentra.

FRAN. Muy amable, señorita.

KET. Mí poder confiarle pequeñas temores.

FRAN. Ábrame su pecho.

KET. ¿Qué cosa es abrir pechuga?

FRAN. Que puede usted decirme lo que quiera.

KET. All rhigt. Míster Pacó: en esta casa mudar todo. Mí quedar sin colocación, mocho triste postura.

FRAN. ¿Quién habla de esó? ¡Tendría gracia! Usted, que ha sido la única leal, ¿iba a quedarse en la calle?

KET. Vida ser mocho pantera, míster Pacó.

FRAN. Pero yo le enmiendo la plana a la vida, cuando se tercia. Si aquí la despiden, porque, efectivamente, esto va a cambiar mucho, vendrá usted a mi casa.

KET. ¡Oh!

FRAN. A ser institutriz de mi hija. Usted le enseñará idiomas y piano. Su madre, a remendar calcetines. De todo es bueno saber.

KET. Mocho bien hablada.

FRAN. Oiga; ¿a usted le gustaría para marido el señor Laínez?

KET. ¡Horror!

FRAN. Porque podíamos casarlos.

KET. Primero cadaver, que marida de ese bandolero sin trabuca.

FRAN. Ni una palabra más. De todos modos, por su suerte no se preocupe.

KET. Grácias, míster Pacó: mi religión no permite besar mejillos de hombre; pero si no, darle mochas besos.

FRAN. *(Jovial.)* Por mí no queda, ¿eh?

KET. Osté poder abrazarme.

FRAN. ¿Por qué no? *(La abraza jovialmente.)*

LAI. ¡Arrea! ¡Caray con las puritanas! ¡Y con los hombres de una pieza!

KET. ¡Oh, miserable!

LAI. No, no; por mí, que aproveche. Soy mudo, sordo y ciego.

FRAN. *(Cogiéndole de la solapa.)* Aprenda usted a no manchar con su baba lo que es digno de respeto. *(Le zarandea rudamente.)*

LAI. Don Paco, que ha sido una broma.

FRAN. Broma de taberna o de burdel. *(Por la derecha, Ruperta, Casilda y Lucio, muy de tiros largos.)*

RUP. Paco, nos vamos, pues. Dicen estos que a ti te parece que debemos ir...

FRAN Pero con esa cara, no. Ni tú tampoco. Parece que os ha caído una desgracia.

RUP. ¡Es tan sensible renunciar a esta vida!

LUCIO. ¡Paco...!

FRAN. Ea, no nos pongamos tristes. ¡A la fiesta! Y con cara de circunstancias.

RUP. Procer: el «Packard» nos espera.

LUCIO. ¡Y pensar que habremos de quitárnoslo!

RUP. ¡La última vez que voy a brillar! *(Solloza.)*

LUCIO. ¡La última!

FRAN. Marchaos. Hacedme el favor.

CAS. ¡Pobres! *(Solloza.)*

RUP. No llores, Casilda. Dios lo quiere.

LUCIO ¿Vamos? *(Le ofrece el brazo.)*

RUP. Vamos. *(Inician el mutis hacia la izquierda.)*

FRAN. Divertirse mucho.

RUP. *(Deteniéndose.)* Mira, Casilda, no nos quedaremos a la cena.

CAS. ¿Por qué no, mujer?

RUP. Lucio y yo volveremos para cenar con vosotros. ¿No te parece?

LUCIO. Claro.

RUP. Las niñas pueden quedarse.

CAS. ¿Solas? A Pilarín traedla con vosotros.

RUP. ¡Mujer!

CAS. Es una manía. Con vosotros, con su hermano, con su padre o conmigo. Con nadie más. Es una manía.

FRAN. Manía santa de madre, que vela por su hija a todas horas. *(Pilarín, aterrada, por el foro.)*

PIL. *(Ahogándose.)* ¡Tío Lucio! ¡Tía Ruperta! ¡Mi prima!

FRAN. Tu prima, ¿qué?

PIL. Se fuga con Miguelito.

TODOS. ¿Eh?

PIL. ¡Ha salido por la puerta del jardín! El la esperaba. ¡Han subido a un taxi!

RUP. *(Angustiada.)* ¡Hija de mis entrañas!

LUCIO. *(Anonadado.)* ¡La deshonra también!

CAS. ¡Virgen María!

FRAN. ¿Hacia dónde han ido?

PIL. Carretera de Navarra, le ha dicho Miguel al chófer.

FRAN. *(Frenético.)* ¡El coche! ¡Aún los alcanzo! ¡El coche! *(Manolo en el foro, sin sombrero, despeinado, en desorden el cuello y la corbata. Le sangra la mano derecha, con la cual trae a Alicia sujeta por la muñeca.)*

MAN. Ahí tienen ustedes a su hija. ¡La quería raptar ese canalla! ¡Si yo no vigilo!

RUP. *(Abrazándola.)* ¡Hija de mi corazón!

ALI. ¡Madre mía! Perdón, papá, estaba loca.

CAS. *(Agarrándose a Manolo.)* ¿Estás herido, hijo de mi alma?

MAN. No se asuste, madre. Un rasguño que me hizo ese mal hombre al defender su presa.

FRAN. ¿Y no lo has matado?

MAN. No lo he matado, porque ella... ¡me dijo que lo quiere!

RUP. ¡Tú llevas sangre también! *(A Alicia.)*

MAN. Es sangre mía. Sangre de caballero labrador, que guarda la fruta aunque no la haya de comer.

FRAN. Abrázame, cachorro mío. Muy joven te da la vida su dentellada. Pero eso curte.

MAN. *(Abrazando a su padre.)* Yo, padre, me voy de esta casa; me voy de la ciudad; me voy al pueblo. Traje una ilusión de juventud, y me llevo el corazón hecho trizas.

FRAN. *(Le retiene abrazado.)* Nada de huir. ¡Cara al viento siempre! Es lo más sano.

LUCIO. *(Va a Alicia con los puños cerrados.)* ¡Debía matarte!

FRAN. *(Interponiéndose.)* Déjala. Va bien castigada. Toda su vida llevará clavado como un puñal el remordimiento de haber despreciado a un mozo de bien, por apache vestido de señorito.

ALI. ¡Dios mío!

FRAN. ¡A la verbena todo el mundo! Nosotros también, Casilda. ¡A tapar bocas maldicientes! ¡Que nadie sospeche lo que ha estado a punto de ocurrir en esta casa!

LUCIO. Paco...

FRAN. Tú, delante, pequeño, con tu hermana y con tu prima. Ya has probado que eres un buen mastín.

MAN. ¡Padre...!

FRAN. Alicia ya no puede ser tu novia; pero siempre será tu sangre.

MAN. *(Con obediencia.)* ¡Vamos! *(Le ofrece el brazo a su prima.)*

ALI. *(Sollozante.)* ¡Manolo!

FRAN. Y nosotros detrás. ¡Nadie llore! Esta noche, a la verbena. Y mañana, al pueblo. Allí os quitaré yo las telarañas que os ha puesto en el entendimiento y en los ojos la letra de molde. *(Inician todos el mutis.)*

LAI. *(Contrito.)* Don Paco; pégueme dos bofetadas. Haga el favor.

FRAN. Quite de ahí.

LAI. Yo tengo mucha culpa de lo que ha sucedido. ¡Y todo, por no trabajar !

FRAN. ¡Así somos! Por vivir de mogollón, sacrificamos las cosas más nobles.

LAI. ¡Usted qué ha de ser así! Así soy yo. Yo, que debía haber nacido perro, todo lo más. ¡Hay que ver lo que he trabajado toda mi vida, para no agarrarme al trabajo! Y ahora, ¡a un asilo! *(Con dolor cómico.)*

FRAN. ¡Qué va! Usted también al pueblo. Ya le guardo faena. Le voy a hacer inventor.

LAI. ¿Inventor? ¿De qué?

FRAN. De lo que usted quiera.

LAI. Puede que sirva, porque con el fósforo que llevo gastado en urdir trapacerías, otros serían millonarios.

FRAN. Vamos.

LAI. Usted manda. Yo con usted..., ¡al infierno! A la verbena. Y si quiere, bailo. ¡Y hasta me caso con la miss!

TELON

JUAN LOPEZ NUÑEZ

EL HADA DEL FRIO

HUMORADA CÓMICO-TRÁGICO-BURLESCA, EN TRES CUADROS Y UN ANUNCIO

MÚSICA DE LOS MAESTROS

TORCAL Y BERTRAN REYNA

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro de Novedades, de Madrid, la noche del 26 de febrero de 1927.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SEMIRAMIS	Sra. Pozas.
ESTER	Sta. Iglesias.
DOÑA LIBRADA	Sra. Molina.
GERTRUDITAS	Sta. Caballero.
LA CALANA	» Balaguer.
CHICA 1.ª	» Moreno.
IDEM 2.ª	» Hurtado.
IDEM 3.ª	» Redero.
ALI-GUI	Sr. Lledó.
ARTEMIO	» Pastor.
MAGDALENO	» Corcuera.
EL LIBERTINO	» Masín.
DON ACISCLO	» Monjardín.
EL PALUSTRE	» Moyano.
EL CAMARERO DEL «CABARET IDEAL»	» Stern.

ANUNCIO

Después de unos compases de la orquesta, se eleva el telón y aparece este otro, donde con grandes letras se lee lo siguiente:

«EL GLOBO»

Número extraordinario dedicado al fin del mundo.

«Ya no hay que dudarlo. Todos los Observatorios confirman científicamente los siniestros presagios del sabio checoeslovaco Hamiconseltz. La tierra va a perecer. Una inmensa ola de frío va a extenderse por el mundo sin dejar planta ni animal viviente. Deseamos a nuestros lectores una muerte dulce, y nos despedimos de ellos hasta el valle de Josafat.»

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Interior de una peletería llamada «El Hada del Frío». Estantes, mostradores, sillas, etc., etc. Puertas laterales y al foro.

Es de día, y al levantarse el telón aparecen en escena las CHICAS del taller, y MAGDALENO, que es el dependiente. Las chicas enseñan «El Globo» al atónito dependiente. Se supone que comentan lo que dice el periódico. Hay un barullo infernal, pues todas se hallan amotinadas. Mutis por el foro.

MAG. *(Solo.)* ¡Se han vuelto locas! Y no es para menos, no, señor. No es para menos; porque si se acaba el mundo y uno se va de aquí sin haber disfrutao na, es pa volverse a morir, pero de rabia. *(Y llega Gertruditas, que es una chica muy guapa hija de los dueños de la tienda.)*

GER. ¿Estás solo?

MAG. Solo y anonadao.

GER. ¿Sí...?

MAG. Como te lo digo. ¿Has visto «El Globo»?

GER. Yo, no. ¿Y tú?

MAG. Me lo han enseñao, y sé que lo del fin del mundo es verdad. Figúrate cómo me habré puesto. Un año novio tuyo, escondiéndome de toos, en especial de tu madre. Un año mirándote

boquiabierto, pa que luego palmemos sin haber disfrutao naa... ¡Es pa llorar de tristeza!

GER. No llores.

MAG. ¡No he de llorar, mardita sea el alcanfor! Pero se acabó. Si tú me quieres como yo te quiero...

GER. ¿Qué?

MAG. Vamos a ser too lo felices que podamos en estos días que nos quedan que vivir. ¿Qué nos importa ya naa? ¿Pa qué escondernos de nadie? Gertruditas...

GER. Magdalenín... *(Se abrazan como dos tontos.)*

MAG. Se acaba el mundo, ¡que viva el mundo!

GER. Tienes razón; pero ¿y mi madre?

MAG. Haciendo ejercicios con ese profesor de moral que ha caído aquí como una plaga.

GER. Digo que qué dirá de nosotros.

MAG. Lo que le parezca; pero a mí, ¡magras! Con que ya lo sabes. Si no quieres morir como una tonta prepárate para largarnos de aquí.

GER. Eso, eso. Pero...

MAG. ¿Qué?

GER. Que me da una vergüenza... ¡Soy tan timidísima!...

MAG. Rica...

GER. Dame otro abrazo pa quitarme la vergüenza.

MAG. Uno, u seis, u ocho. *(La abraza.)*

GER. No tardo nada.

MAG. Adiós, mi vida.

GER. Adiós, ladrón. *(Mutis.)*

MAG. *(Enajenado.)* Adiós, adiós. *(Esto lo dice tirándole besos. Entran doña Librada y don Acisclo. Magdaleno, al verlos, dice.)* ¡¡Adiós!!

LIB. ¿Qué haces?

MAG. Cuentas.

LIB. *(Que se nos olvidaba decir que es una mujer de cierta edad, pero muy vistosa.)* ¿Y era también por las cuentas el escándalo que había en la tienda?

MAG. No, señora. Ha sío porque las chicas, al saber que es verdad lo del fin del mundo, se han amotinao, y dicen que trabaje don Acisclo. (¡Chúpate esa!)

ACIS. ¡Qué insolencia!

LIB. ¿Ha oído usted?

ACIS. *(Que es hombre solemne y grave.)* Ya, ya lo he oído.

LIB. ¿Y qué le parece?

ACIS. Que la carne es flaca y «peccata mundi». *(Esto lo dice cruzando las manos por encima de la barriga.)*

MAG. (¡Qué sinvergüenza!)

LIB. Tiene usted razón; la carne es flaca, muy flaquísima. *(A Magdaleno.)* ¿Y mi marido? ¿Dónde está?

MAG. Dedicao a la meditación y al examen de conciencia.

ACIS. Eso está muy bien.

LIB. Avísale cuando puedas para que venga a tomar el chocolate. ¿Vamos, don Acisclo?

ACIS. Vamos.

LIB. Pase usted. *(A Magdaleno.)* Avísame también cuando venga el viajante de Badalona. *(A don Acisclo.)* Vamos, vamos. *(Mutis.)*

MAG. ¡Pero qué viajante va a venir aquí...! ¡Le daba una...! *(Muy gozoso y picaresco.)* Pero anda, que si la llego a decir que don Artemio está en el estanco de al lao dándole coba a la Arrendataria; bueno, a la estanquera... *(Silba ponderativamente.)* Pero vamos a guiñárnosla y a ver qué pasa... *(Cantando.)*

Yo soy la canastera
de Capuchinos, etc., etc.

(Se dispone a hacer mutis cuando aparece por el foro una especie de individuo cargado de pieles y cubierto con un caprichoso gorro turco. Se trata de Alí-Guí, vendedor ambulante de pieles, palillos de los dientes y mesas de billar.)

ALI. Buenas y ultratúmbicas.

MAG. (¡Caray!)

ALI. ¿Hay permiso?

MAG. Hayle, hayle. (¡Vaya un tipo!)

ALI. ¿Tiene el amable canastero la bondad de decirme si estoy en «El Hada del Frío»?

MAG. Sí, señor. «El Hada del Frío», almacén de pieles y ropas hechas.

ALI. ¿Y está el señor Artemio, o sea el condueño?

MAG. No, señor.

ALI. ¿No...?

MAG. Don Artemio está encerrao.

ALI. *(Mirando a todas partes.)* ¿Dónde?

MAG. Haciendo penitencia. ¿Pero quiere usted decirme qué es lo que desea?

ALI. Respirar. *(Dejando las pieles sobre el mostrador.)*

MAG. ¿Nada más?

ALI. Por ahora, no.

MAG. ¿Es usté, por un casual, el viajante de la fábrica de pieles de Badalona, llamado «El leopardo genenoro»?

ALI. No, señor. Soy Alí-Gui.

MAG. ¿Al Higuí?

ALI. Completamente.

MAG. ¿Es usté turco?

ALI. Turco y de la Guindalera.
MAG. ¡Ji, ji! Ya me figuré que era de España...
ALI. De España soy...
MAG. ¿Y su tío de usté?
ALI. ¿Qué tío?
MAG. Pues su tío: el tío del Al-Higuí.
ALI. ¡Guasón! *(Amagándolo.)*
MAG. *(Retrocediendo, asustado.)* ¡Caray!
ALI. *(Volviéndole a amagar.)* Requeteguasón.
MAG. Pero..., haga el favor de estarse quieto. Ya le he dicho que don Artemio no está visible en este momento.

ALI. Entonces, le esperaré. Yo no tengo prisa; lo mismo me da esperar un par de horas, que una semana, y aquí lo aguardaré hasta el día del juicio, o sea el jueves por la tarde. Que me mate él o que muera pasao mañana, me es igual.
MAG. ¿Y por qué va a matarlo don Artemio?
ALI. Porque tié razón. Yo soy Exuperio Terranova, y le engané sacándole dinero pa explotar unas minas de jabón... Y al llegar el fin del mundo, no quiero morir sin verlo.
MAG. Mire usté, amigo. Yo no sé engañarlo, y si se pone usté así, avisaré a don Artemio. Espere usté... *(Se asoma a la puerta y lo más cómicamente posible, dice.)* ¡Cú! ¡Cú!
ALI. ¡Caray!
MAG. ¡Cú! ¡Cú!
ALI. ¡Requetecaray!
MAG. *(Volviendo a escena.)* Ya viene. Estaba en el estanco. ¿Sabe usté? Yo le aviso así, porque cuando digo «cú cú» es que hay ropa tendida.
ALI. Si que es gracioso.
MAG. Ahora, con su permiso, voy a ver a mi novia, ¡una muchacha más guapa!... Quede con Dios, y ¡cú! ¡cú! *(Mutis por la izquierda.)*

ALI. *(Solo. En el colmo del estupor y la sorpresa.)* ¿Pero qué es lo que aquí pasa? Este, que dice que Artemio está rezando, y luego resulta que ¡cú! ¡cú! Aquí hay gato encerrao, Alí- Guí. *(Y llega Artemio por el foro. Vendrá a tener los mismos años que Alí-Guí.)*
ART. *(Viéndole.)* ¡Terranova!
ALI. ¡Artemio!
ART. ¡Pero tú aquí!...
ALI. Yo mismo. Me ha traído el remordimiento y el deseo de verte pa morir tranquilo.
ART. ¿Pero y esa facha, qué significa?

ALI. Que desde que te estafé he pasao too lo pasable. He sío picador en Tetuán, fabricante de paraguas en el Paraguay, ven-

dedor de ventiladores en Buenos Aires y dueño en la India de una huevería, que titulé «El sol sale para todos».

ART. Eso está muy bien.

ALI. Con los huevos iba comiendo, pero me arruiné.

ART. ¡Pobrecillo!

ALI. Sí, señor, me arruiné, porque me dediqué a criar las gallinas con aceite pa que los huevos los pusieran fritos, y ¡la caraba!... Luego vine a España, y apenas puse el pie en Madrid, se me declaró la Escarlatina.

ART. ¡Qué barbaridad!

ALI. La Escarlatina era una pantalonera de la calle del Salitre que me daba toos los días veinticinco céntimos, y decía a too el mundo que me había abonao al Real...

ART. ¡Qué exagerá!

ALI. Sin saber qué hacer, cogí estas pieles y me hice el indio; pero cansao de huirte y de andar así, he venío a verte pa que me perdones. *(Esto lo dice con latiguillo y todo.)*

ART. ¡Terranova!

ALI. ¿Qué?

ART. Eres un sinvergüenza.

ALI. Ya lo sabía.

ART. Pero, yo soy otro...

ALI. Me lo figuraba...

ART. Aquí me creen un santo, porque me tienen atao; pero yo, ¡cú! ¡cú! *(Pausa. Con firmeza, pero con sigilo.)* ¡Viva la crápula!

ALI. ¡Viva Cagancho!

ART. Al verte, he recobrao too el valor que me faltaba, y he pensao que muramos juntos.

ALI. Gracias, Artemio.

ART. Estoy dispuesto a que muramos como reyes Magos: divirtiéndonos como locos. Voy a vender la tienda.

ALI. ¡Olé!

ART. A retirar de los Bancos todos los fondos.

ALI. ¡Olé!

ART. Y vamos a ir a correr una bacanal digna de nosotros.

ALI. ¡Qué grande eres! Deja que te oscule. *(Le da un beso en ocasión en que llegan por el foro la Calana y el Palustre. Son dos tipos del pueblo.)*

PAL. Buenas.

CAL. Muy buenas.

PAL. ¿Se puede comprar aquí entoavía?

ART. Sí, señor. ¿Qué es lo que quieren?

PAL. Un abrigo de pieles; no pa mí, sino pa ésta.

CAL. Servidora.

ALI. ¿No es más que eso?

PAL. Na más, por ahora.

ALI. *(A Artemio.)* Pues, dáselo.

PAL. Un momento. Antes de na queremos saber el precio porque no sabemos si nos llegará el parné.

ALI. No piense usted en eso. La señora se lleva el mejor abrigo que haiga en la tienda; pero regalao por mí.

CAL. Muchas gracias.

ART. Pues no se diga más. ¿Quiere que se lo probemos?

CAL. No me hace falta. Si tién alguno que puea servirle a la Argentinita, me estará bien. Dice mi Palustre que le doy un aire, y a no ser por la cara, se nos confundía.

PAL. ¡Y es verdaz!

CAL. Una no usa pedicura, ni manicura, ni pecacura; pero tié su aquel.

ALI. Su aquel y el abrigo de pieles que voy a mandarle. ¿Señas?

CAL. Señora de Paniagua. Velas, 2. Cuarto piso, letra A. ¡Ah! Cuidao con la escalera, que no hay ascensor.

ALI. Descuide usté.

PAL. No demoren el envío, y ya saben que Serafín Paniagua, alias el Palustre, queda reconocío aquí y en la otra vida. Vamos.

CAL. Tantísimas gracias.

PAL. Pasa, Calanilla, pasa. *(Viéndola salir.)* ¿Es o no la Argentinita? ¡Cuando yo lo digo!

CAL. Buenas.

PAL. No pué negarlo. ¡La Argentinita! *(Hacen mutis por el foro.)*

ART. Pero Terranova, si regalas too vas a arruinarme.

ALI. ¿Y pa qué se quié el dinero?

ART. Ties mucha razón, y ahora mismo nos vamos a ir a correrla de lo lindo. ¡Pero con mujeres! ¡Eh!

ALI. No siendo la Escarlatina, cualquiera es buena.

ART. *(Mirando hacia el fondo.)* ¡Fíjate qué hembra!

ALI. ¡Mi madre!

ART. Viene a la tienda.

ALI. ¿Sí? Voy a despacharla.

ART. ¿Tú?

ALI. Pa estas cosas soy el as. *(Se arreglan la indumentaria y procuran embellecerse; cuando asoma por el fondo Semíramis, que es una preciosísima cocotte lujosamente vestida.)*

SEM. ¿Se puede?

ALI. Hasta la trastienda.

SEM. Muy buenas.

ART. Regocijantes.

ALI. Y trastornadoras.

ART. ¿Qué es lo que desea?

ALI. ¿Quiere nuestras existencias?
SEM. Yo quiero ropa interior.
ALI. ¿Muy interior? (*A Artemio.*) Dame el metro, tú.
SEM. ¿El metro?
ALI. Especialidad de la casa. Sistema americano pa que no haya arrugas.
SEM. ¡Qué exagerao!
ALI. (*Mirándola embobado.*) ¡Je, je!...
SEM. (*Aparte.*) (¡Qué tío más gracioso!)
ALI. No me mire usted con ese pestañeo, porque me tiembla el gorrito.
SEM. ¿Sí?... ¡Qué atrocidad!... ¿Es usted moro?
ALI. Para usted, sí.
SEM. ¿Sí?
ALI. Quiero decir que pa las mujeres soy musulmán. ¿Mongónamo? ¿Yo, mongónamo? ¡Al instante! Servidor, como los moros, polígono; mu polígono.
ART. Chócala, Alí-Guí.
SEM. ¿Pero se llama Alí-Guí?
ALI. O Exuperio Terranova, si le gusta más. Pero vamos a ver esa ropa. ¡Verá usted qué contenta va a quedar!
SEM. A ver. A ver. (*Cogen los dos unas cintas métricas.*)

MUSICA

TERCETO DE LAS MEDIDAS

ALI. y ART.	En esto de fabricar trousseaux para la mujer no hemos podido encontrar aún quien nos pueda vencer, pues aunque sea inmodestia muy alto hemos de decir que en ropa interior estamos lo que se dice muy chic.
SEM.	Vamos a ver si eso es verdad.
ALI.	Como dude usté un poquito me desnudo y lo verá.
ART.	Ciento ocho de cadera.
ALI.	¡Mi madre que espetera!
SEM.	(*Boca cerrada.*) ¡Hummm!... Cuidado no apretar...
ART.	¡Cuarenta de cintura!
ALI.	¡Me va a dar calentura!
SEM.	¡Que modo de abusar!
LOS DOS.	¿La quiere usted ajustada?
ALI.	¿Cortita y escotada?

SEM. Como les guste más.

ALI. De pecho, ciento.

SEM. ¿Cómo?

ALI. No sé yo lo que tomo.
¡Estoy pá reventar!
De cintura dos abrazos.

SEM. ¿Pero qué es lo que hace usted?

ALI. Y en el torso, dos pellizcos...

SEM. ¿Cómo?

ALI. ¡Nada! *(Aparte.)* Me cólé.

LOS DOS. Y de radio, ¡la caraba!
esto no es un radio ya,
esto es ya la Radio Ibérica
por la buena calidad.

SEM. ¡Qué demonio de hombres!
¿Quieren ya acabar
de tomar medidas?

ELLOS. Todavía no.

SEM. ¿Qué es lo que les falta?

ELLOS. Nos falta tomar...

SEM. *(Dándole a uno un tremendo bofetón.)*
Tomar medida
de ese bofetón.

ELLOS. ¡¡Qué guantazo!!

SEM. Ciento siete
de medida nada más.

ALI. ¡Vaya mano!

ART. ¡Vaya brazo!

LOS DOS. ¡Vaya brazo y lo demás!

SEM. ¡Caramba que abusones!

ELLOS. Señora no me explico
a que viene ese enfado
si el mundo va a acabar.

SEM. Mirad que tunantones,
quizá estén en lo cierto.

ELLOS. Por eso que lo estamos
nos debe secundar.

SEM. Dicen muy bien
tienen razón...

ELLOS. Pues a gozar.

TODOS. ¡Viva el amor!
Disfrutemos de la vida,
todo lo que pueda ser.
¡Viva el amor!
¡Viva el placer!
¡Viva el placer!

SEM. ¿Tienen ya bastante?

ALI. Nos falta rectificar las medidas sobre el terreno, que es tan accidentao, que hasta dan ataques...

SEM. Lo que querían es lo que he visto, y si les he dejao es porque me ha hecho gracia su desfachatez...

ALI. ¿Le haría gracia también, que muriéramos juntos?

SEM. Según y cómo.

ART. Pues divirtiéndonos.

ALI. Divirtiéndonos y corriéndola. Dice mi amigo que va a vender la tienda pa que nos gastemos todo el dinero.

SEM. ¡Qué rico!

ALI. ¿Qué le parece?

SEM. Muy bien.

ALI. Pues entonces, vamos a prepararnos para acompañarla.

SEM. ¿Pero y la ropa?

ALI. La compraremos en otro sitio. Aquí se engaña a too el mundo.

ART. Eso, no, Alí-Guí.

ALI. ¡Te daba así!... (*A Semíramis.*) Puede elegir lo que guste. *(Y hacen mutis por la derecha Alí-Guí y Artemio.)*

SEM. Estos son unos vivales; ¿pero a mí qué? Para morir están bien, sobre too ese turco que tiene la mar de gracia. Vamos a ver que es lo qué me gusta para llevármelo. *(Se pone a curiosear los estantes, cuando llega don Acisclo. Viéndola.)* ¡Hola! *(Y se queda contemplándola. Ella, sin hacerle caso sigue revolviendo todo. Una de las veces lo ve, lo mira atentamente y se queda paralizada.)*

ACIS. *(Que ha sacado una lupa descomunal y la mira y la remira.)* (¡Peccata mundi, peccata mundi!) ¿La atienden a usted, bella hija mía?

SEM. Sí, señor.

ACIS. Usted perdone. Yo lo digo, porque como no veo a nadie. *(Esto lo dice mirando a todas partes con la lupa.)* (¡Jesús!) ¿Quiere que yo la despache?

SEM. Muchas gracias. No hace falta. Estoy eligiendo lo que me agrade para llevármelo.

ACIS. ¿Sí?

SEM. Me lo regala el turco.

ACIS. *(Mirando a todas partes.)* ¿El turco?

SEM. Es un señor muy simpático que dice que aquí se engaña a todo el mundo y ha ido a vestirse para que nos vayamos a morir juntos. ¿Usted no viene?

ACIS. ¿Yo? *(Dulcificándose.)* No. No, señora.

SEM. Lo siento mucho, porque es usted tan simpático, *(Coqueteando.)* ¡tan simpático!

ACIS. (*Resistiéndose.*) ¡Malorum causa peccata mea!

SEM. ¡Me gustan tanto los hombres tan formales como usted!

ACIS. (¡Vade retro! ¡Vade retro!)

SEM. Usted perdone la confianza; pero pa tres días que vamos a vivir, ¿a qué andarse con rodeos? *(Se sienta, pero con una desenvoltura, que aturde al pobre don Acisclo, que dice.)*

ACIS. Yo lo comprendo señora.

SEM. Señora, no, señorita; la señorita Semíramis del Cabaret Ideal.

ACIS. Tanto gusto. Tanto gusto.

SEM. Soy la que ha lanzado en Madrid el verdadero Charlestón, la canción de «No me pique, pulgita» y el tango de «Muérdeme la camiseta»

ACIS. ¿La camiseta?

SEM. Sí, señor. ¿Quiere usted oirlo?

ACIS. ¡No! No, señora. Yo no oigo esas cosas. Pasélo usted bien. (Voy a decírselo a doña Librada.) Servidor de usted. (¿Qué tendrán estas desgraciadas que son todas tan... tan... tan?) (*Dice esto haciendo mutis.*)

SEM. *(Sola.)* ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Lo he asustado. ¡Y como me miraba! Cada vez que me echaba encima la antiparra, me entraba una risa... Pero a ver lo que hacen esos. ¡Tú! ¡Tú! Oye. *(Y hace mutis por la derecha. Una brevísima pausa y llega doña Librada.)*

LIB. No hay nadie. ¿Dónde estarán? *(Y asoma Alí-Gui con una capa y su gorrito.)*

ALI. ¡Buena mujer!

LIB. Caballero.

ALI. Terranova, pa servirla.

LIB. ¿Terranova?

ALI. Sí, señora. Pero no muerdo.

LIB. Ya me lo figuro.

ALI. Hace usted muy mal, porque está usted tan apetitosa, que si no fuera por respeto a esta casa, que es como si fuese mía, no sé, no sé.

LIB. ¿Y dice usted que esta casa es como si fuese suya?

ALI. Sí, señora.

LIB. ¿Y qué es lo que hace usted aquí?

ALI. ¿Qué qué hago aquí? Despachar.

LIB. ¿A quién?

ALI. A too el que se presente, si se presenta bien presentao. ¿Qué quiere usted?

LIB. ¿Yo?...

ALI. Le advierto que aquí se regala todo.

LIB. Que se le quite eso de la cabeza.

ALI. ¿El gorrito?

LIB. Eso que ha dicho. ¿Sabe usted quien soy?

ALI. Sí, señora.

LIB. ¿Si?

ALI. Usté, si no es la propia Cibeles, es una prima.

LIB. ¿Cómo?

ALI. Una prima suya. ¿Le ha gustao el relincho?

LIB. *(Desvanecida, pero reponiéndose.)* Haga el favor de salir de aquí.

ALI. De aquí no me voy más que con Artemio pa morir disfrutando como Dios manda. ¿Oye usted? Como Dios manda, *(Se oye una gritería infernal. Empiezan a llegar las modistas con sus novios.)*

LIB. ¿Qué es eso?

ALI. Que al llegar el fin del mundo toos se vuelven locos. *(Y llegan Artemio y Semíramis.)*

LIB. ¡Artemio!

ART. ¡Viva la orgía!

TODOS. ¡Viva! *(Entra don Acisclo.)*

ART. Nos vamos por el mundo a divertirnos.

MAG. *(Que llegó momentos antes con Gertruditas.)* Y nosotros también.

LIB. ¡Dios mío! ¡Dios mío! *(Cae desmayada en brazos de don Acisclo.)*

TODOS. *(Cantando Sin música y con gran estrépito.)*

Allons enfants de la jolie...
le jour de gloir est arrivé...
contre nous tout le monde no importe
hay que divertirse y que disfruter. *(Gran animación, gran tumulto y cae el*

TELÓN

CUADRO SEGUNDO

Ante el Cabaret Ideal, cuya portada suntuosa se ve a la derecha.

Es de noche y al elevarse el telón aparece en escena Alí-Gui dando traspies; trae liada al cuerpo una cuerda.

ALI. Bueno, hombre, bueno... Ya está bien. ¿Pero estoy solo? ¡Eh!... ¡Amigos! ¡Amigos!... Pero, ¡qué memoria! Me olvidaba de esta cuerdecita que nos hemos puesto pa no perdernos. Les diré que estoy aquí. *(Se pone a tirar con todas sus fuerzas. De pronto la cuerda se rompe y el pobre Alí-Gui sale dando tumbos.)* ¡Re Mahoma! Por poco me mato y por poco mato a mi hijo adop-

tativo! *(Se desmeboza y saca de debajo de la capa un niño de pecho.)* ¡Pobrecito mío! Me lo encontré abandonao y como yo tengo este corazón tan sensible... No muerdas monín. Si tienes hambre comerás patatas fritas. ¿No?... Entonces vamos a pedirle el pecho a la primera que nos encontremos. Ya verás que festín nos damos... *(Entra la Galana y el Palustre. La Galana lleva un sombrero muy ridículo y un gran abrigo de pieles. El Palustre viste de día de fiesta y lleva un garrote que es un arbusto.)*

ALI. Señora...

PAL. ¿Eso de señora, es por aquí?

ALI. Sí, señor.

GAL. ¿Y qué quería?...

ALI. Preguntarle con el debido respeto, si es usted mujer de buena... buena; de buena...

PAL. ¿Se quié usté burlar o qué?

GAL. No te pierdas Palustre, que es el del abrigo.

PAL. Eso es otra cosa.

ALI. Usté perdone. No era pa mí sino pa el rapaz.

PAL. Si es pa el impúber, está muy bien. Echa palante.

ALI. ¿Va usté a la fiesta del árbol? *(Por el garrote.)*

PAL. No señor. Lo llevo pa lo que salga. Echa palante.

GAL. ¿No vienes conmigo?

PAL. Sí; pero de lejos, pa mirarte y armirarte. ¡Qué figura!...

GAL. ¿Verdaz que sí?

PAL. Y tan verdaz... *(Viéndola marchar hacia el Cabaret, por donde hacen mutis.)* No pué negarlo. Es...

ALI. La Argentinita.

PAL. Eso; no lo dude usted. *(Mutis detrás de la Galana.)*

ALI. Pues estamos aviados. Nadie le da el pecho a nadie. Pero ¡mi madre! Doña Librada. La mujer de Artemio, y, éste que debe estar pa caer. *(Mutis por la izquierda segundo término y entran por la izquierda primer término los citados. Don Acisclo lleva una guitarra.)*

ACIS. ¡Babilonia! ¡Babilonia!

LIB. Estarán aquí, ¿verdad?

ACIS. ¿Dónde van a estar, sino en este antro de perdición, donde vienen a morir los que no quieren salvarse?

LIB. ¡Que abominación!

ACIS. Vamos. Vamos. No perdamos tiempo.

LIB. Vamos a llevarlos al buen camino.

ACIS. Pase. Pase usted. Ya verá que infierno.

LIB. *(Penetrando en el Cabaret.)* ¡Qué horror! ¡Qué horror! *(Hay una pausa y llegan Artemio y hombres y mujeres vestidos como para celebrar la Nochebuena. Entran todos con gran estrépito.)*

TODOS. ¡Viva Alí-Guí!

ALI. ¡Calláos! Mirad. Ya me lo habeis despertao... *(Más algazara.)* ¡Fijáos! Aquí vienen las mujeres castizas que se cubren con mantones de Manila. Ellas con mantones y yo con mi toquilla. Vamos. Venid. *(Hacen mutis, penetrando en el Cabaret. Una pausa, y al son de un alegre pasodoble entran por el patio de butacas o por distintas partes, las mujeres, que, después de evolucionar a los compases del pasodoble, abren paso a Semíramis, que no tarda en presentarse.)*

MÚSICA

TODAS. Con el mantón de Manila
y con los ojos ardientes
vamos diciendo a las gentes
¡dejad paso a una mujer!
Y medio locos los hombres,
mirando nuestras hechuras,
dicen: ¡vaya criaturas!
¡Eso si que es la chipén!

SEMI. *(Entrando)* Mujer española
de sangre bravía,
qué importa la muerte
si llego a lograr
morir en tus brazos
mirando tus ojos...
¡Ah!
Al par que tus labios
me brindas las mieles
que dan al besar.
(Evolucionan al compás de la música jugando el mantón.)
Al escuchar estas frases
dichas con fuego de amores
les respondemos: señores,
si el mundo va a terminar
dejémonos de temores,
y ellos suelen contestarnos
con delicia singular:
Mujer española, etc., etc.

TELÓN

CUADRO TERCERO

Sala de fiestas del «Cabaret Ideal». El decorado y todo, suntuosísimo. En lugar visible, un gran reloj. ¿Para qué decir que es de noche?

Al elevarse el telón aparecen ante una de las mesas ALI-GUI y ARTEMIO. En las restantes hay mucho público. Se supone que los dos amigos acaban de cenar y de beberse dos o tres bodegas.

ALI. *(Llamando.)* ¡Casa...! ¡Casa...! ¡Boulanger! ¡Camariéribus...! ¡Casa...! *(Entra el camarero del Cabaret.)*

CAM. ¿Llamaban los señores?

ALI. Sipi digo uí.

CAM. ¿Qué deseaban?

ART. La cuenta.

ALI. Eso es: la cuenta, pa que la pague éste.

CAM. Perdonen los señores; pero esta noche no cobramos. Todo es gratis.

ALI. Entonces convido yo.

CAM. ¿Quieren algo más?

ALI. Unos cigarros.

CAM. ¿De qué marca?

ALI. De los mejores que haya.

CAM. Entonces, verán ustedes los que tenemos.

ALI. Bueno; pero mientras denos uno cualquiera.

CAM. ¡No faltaba más! *(Saca la pitillera, se la entrega a Ali-Guí, que coge un cigarro, se lo da a Artemio, coge otro para él, y... se guarda la pitillera, diciendo.)*

ALI. Me la guardo pa recuerdo.

CAM. Como quiera; pero mire los cigarros especiales de la casa; los del Cabaret. *(Una breve pausa, y entra Ester, vestida fantásticamente. La siguen unas tanguistas.)*

MUSICA

TANGO DE LAS FUMADORAS

ESTER. Fumar..., fumar...
Para olvidar,
para olvidar nuestro pesar,
para olvidar nuestro dolor,
es lo mejor fumar.
Fuimos buenas y un cariño
al vicio nos arrastró,
y en el vicio somos flores
de cabaret y de amor.
Fumando van con el humo

nuestras penas por el aire,
y el cigarro nos consuela
de un dolor que no ve nadie.

TODAS. Para olvidar nuestro pesar,
para olvidar nuestro dolor,
es lo mejor fumar.

ESTER. Me llaman mujer alegre,
y no saben lo que siento,
ni las tristezas que guardo,
ni los pesares que encierro;
que es el destino de la mujer
guardar el llanto,
que amarga tanto,
mientras riendo
brinda el placer.

(Todas cantan con la boca cerrada, mientras evolucionan fumando.)

Fumar, fumar;
para olvidar nuestro pesar,
nada hay como el fumar.

(Repiten el tango y hacen mutis.)

HABLADO

ART. *(Levantándose.)* Voy a fumarme un cigarro de esos. Vuelvo en seguida. Quédate con Dios. *(Cantando.)*

Me llaman mujer alegre, etc.

(Hace mutis detrás de las tanguistas. Entra el Camarero.)

CAM. ¿Le han gustado a usted?

ALI. «Beaucoup, beaucoup»; pero yo quisiera otros.

CAM. Ya comprendo. El señor quiere algo exótico. ¿No es así?

ALI. No, señor, porque too esto estará muy bien, pero a mí no me convence. Yo soy castizo, y aonde esté el tabaco de cincuenta, que se quiten toos. ¿Sabe usted? ¡Toos, pero toos!

CAM. Sí, señor. Tome.

ALI. *(Guardándoselos.)* Hasta luego. *(Mutis.)*

CAM. ¡Qué tío más fresco! *(Mutis. Hay una pausa, y entra por la izquierda, con la servilleta a medio prender, demacradísimo y sin vida, Magdaleno. Llega hecho un guiñapo.)*

MAG. *(Sin alientos.)* ¡Camarero!... No me sale la voz de la corbata. ¡Camarero!... Pero nada. Ni fuerzas tengo para llamar. Me he quedao sin aliento. Gertruditas se ha empeñao en conocer todo lo del mundo en media hora, y es mucho co-

rrer... ¡Camarero!... ¡Señor camorero!... *(Asoma Gertruditas.)*

GER. ¿Pero no vienes?

MAG. (¡Ella!) Sí. Ya iba; pero este camarero... Voy a llamarlo. No tardo nada. Ya lo verás.

GER. Sí. Sí. Vete. Déjame abandonada. ¡Qué ingrato eres!

MAG. ¿Ingrato, encima?

GER. Encima, encima. Pero yo me lo merezco, sí, señor. Te hice caso sin mirar las consecuencias, y te has cansado de mí, y me dejas y decías que me amabas.

MAG. Pero si yo no te dejo.

GER. ¿Cómo no, si veo que huyes de mí?

MAG. Mira, Gertruditas. Yo no huyo de ti. ¡Es que el mundo se ha acabao pa mí!

GER. ¿Tan pronto?

MAG. Como te lo digo. Te he enseñao tanto, que no puedo más. ¡No! ¡No puedo más!

GER. ¿Tan poca paciencia tienes?

MAG. No, señora. Tengo la necesaria pa no aburrirme; pero es que tú... ¿No te acuerdas de que vinimos aquí pa mirar el mundo por un agujerito?

GER. Eso me dijiste tú.

MAG. Pues el agujero ha sío el de un pozo sin fondo. Así estoy yo, que no puedo tenerme en pie.

GER. Magdaleno...

MAG. (Sí, sí.)

GER. ¡Monín!

MAG. Llama a otra puerta, porque yo estoy sordo.

GER. ¿No me haces caso?

MAG. Ya te he dicho que no puedo. Ahora déjame que vaya a buscar a un camarero. Aquí tendrán algo pa despertarme.

GER. ¿De verdad?

MAG. Y tan de verdad.

GER. ¿Quieres que te acompañe?

MAG. ¡¡¡No!!! ¡¡¡No!!!! Voy yo solito, si es que tengo fuerzas.

GER. No tardes entonces.

MAG. Te lo prometo.

GER. ¿No me das un abrazo?

MAG. ¿No ves que no puedo?... ¡Maldita sea!... Abrázame tú si puedes. *(Gertruditas lo abraza, y Magdaleno hace mutis trabajosamente por la derecha.)*

GER. *(Sola.)* ¡Ay!... ¡Qué pronto se cansan los hombres de enseñar a una a saber lo que es el mundo! ¡Qué poca paciencia tienen!... ¡Ellos dicen que tienen mucha; pero... qué poca! ¡Qué poca paciencia tienen! *(Hace mutis por la izquierda, en ocasión que entra Ali-Guí.)*

ALI. *(Sacando un reloj.)* ¡Las doce van a dar! Quedan diez minutos de existencia, afortunadamente, y digo afortunadamente, porque como no se acabe el mundo, va a ser cosa de morirse, porque no se acaba. Este con aquélla; aquélla con otro. Yo con todas, y Semíramis, también con todos. ¡Qué lío! ¡Qué lío! *(Entra doña Librada, un poco alegre y algo ligera de ropa.)*

LIB. Caballero. *(Aparte.)* (¡Si es el turco!)

ALI. Servidor y agonizante. *(Aparte.)* (¡Qué guapa está!)

LIB. ¿Quiere usted decirme dónde está el tocador de señoras?

ALI. *(Picaresco.)* ¿El tocador de... señoras?... Está usted hablando con él.

LIB. ¿Con quién?

ALI. *(Con chulería.)* ¡Con él! *(Abrazándola.)* ¡Ay, mi madre!...

LIB. ¡Pero, señor turco..., que se va a caer!

ALI. Pues sujéteme usted pa que no me caiga. *(Entra Artemio, coronado de pámpanos, y los sorprende.)*

ART. ¡Librada! ¡Ali-Guí!

LIB. ¡Jesús...! *(Sale disparada, huyendo por la derecha.)*

ALI. Con la mano, no; con la boca, sí.

ART. ¿Le parece a usted bonito abrazar a mi costilla?

ALI. Sí, señor.

ART. ¿Cómo?

ALI. Que tu costilla es jamón, y luego, que estás errado. Sí, señor, errado, porque pa diez minutos que te quedan que vivir, ¿pa qué te pones de esa manera? Quédate con Dios, y que todo sea por Alah. *(Quiere hacer mutis por donde se fué Librada.)*

ART. *(Escamado.)* Por alá, no. Por alí, digo por aquí. Tú vienes conmigo, pero por allí. Yo no te dejo hasta que te mueras.

ALI. Pues me ha tocao el premio gordo. Pero, vamos. Vamos. ¿No es allí donde está ese luchador que llaman Elsino?

ART. Sí.

ALI. Pues voy a darle un guantazo. Ya sé que es una fiera y que tóos hablan de la fuerza de Elsino. ¿Pero a mí qué? Ven y verás que guantazo le doy. ¡Qué guantazo! ¡Qué guantazo! ¡Ven!

ART. Vamos.

ALI. ¡Qué guantazo! *(Mutis.)*

MAG. *(Entrando.)* ¡Otro! ¡Ya soy otro!... ¡Qué mujer tan buena!... ¡Con dos cosas que me ha dicho, he despertao!... ¡Qué contenta se va a poner mi Gertruditas y qué lástima que acabe el mundo cuando uno empezaba a conocerle! ¡Qué lástima! ¡Qué lástima! *(Y entra Ali-Gui.)*

ALI. No... No me atrevía. Le he visto tan negro, que me me ha dao miedo, pero yo le pego; ¡vaya si le pego! *(Viendo a Magdaleno.)* ¿Qué haces aquí?

MAG. No me diga nada, que estoy más contento... Figúrese

usted que salí de aquí hecho un trapo. Desesperao, vi a una mujer, a una que llaman Semíramis.

ALI. Semi... Se mira bien lo que se dice. Esa Semíramis es mi novia.

MAG. (¡ Caray !)

ALI. ¿Y qué?

MAG. Pues que le dije lo que me pasaba, y con una sola lección, no sabe usted... Pa ver si me había engañao, fuí a los lavabos, y allí hay una señora, ¿sabe usted?... ¡Qué contento! ¡Qué contento estoy!

ALI. Oye, tú, so sinvergüenza.

MAG. (¡Mi madre!)

ALI. La señora de ese lavabo es la mía.

MAG. (¡Jesús!) *(Le atiza un puntapie y Magdaleno sale huyendo.)*

ALI. ¡Cuando yo digo que si no se acaba el mundo va a ser cosa de morirse! *(Entra Semíramis, muy contenta.)*

SEM. ¡Ja, ja, ja! *(Viéndole.)* Alí-Guí.

ALI. Déjame.

SEM. ¿Qué es lo que te pasa?

ALI. Que me acabo de enterar de que mi costilla es un hueso.

SEM. ¿Y eso qué te importa?

ALI. ¿No me ha de importar?

SEM. ¡Ja, ja, ja!

ALI. Bueno. No te burles.

SEM. No me burlo, es que me acuerdo de unos pollitos peras que me pedían que yo les enseñase no se qué cosas.

ALI. ¿Y tú que has hecho?

SEM. Darles un consejo.

ALI. ¿Nada más?

SEM. ¿Te parece poco? Les he dicho muchas cosas y creo que se han quedado en ayunas. Ahora, dime: ¿me quieres acompañar?

ALI. ¿A dónde?

SEM. Al salón de fiestas.

ALI. Sí, señora. Allí tengo que ir a darle un golpe a ese negro de quien huyen todos. ¿Y tú, que vas a hacer allí?

SEM. Tomar parte en el concurso de chotis.

ALI. ¿Cómo has dicho? ¿Chotis?

SEM. Ya me has oído.

ALI. Pues no me lo digas dos veces, porque al oirte me acuerdo de que soy de la calle de Juanelo y fíjate... *(Marcándose un chotis.)*

SEM. Pues a ver como bailamos.

MUSICA

CHOTIS

(Bailan y cantan el chotis y hacen mutis. Una brevísima pausa y llega Artemio, dando el brazo a dos mujeres muy elegantes. Les sigue el Camarero.)

CAM. Quieren algo los señores?

ART. Qué vamos a querer, sino bebida.

CAM. ¿Quieren un wysky?

ART. Sí, sí, wysky.

CAM. *(Anunciando.)* El wysky americano.

MUSICA

(Número de baile. Así qeu termina, se oye dentro un griterío infernal y llegan muchos sujetando a Ali-Gui.)

ALI. Soltadmé, hombre, soltadme.

ART. Pero ¿qué ha pasao?

PAL. El amigo, que es un león.

ALI. Gracias; pero no ha sío na.

PAL. ¿Cómo que na? Chóquela usted, amigo. Vaya unos puños.

ALI. ¡Es que le tenía unas ganas!... ¡Pero ya lo habéis visto! A mí negritos, ¡plaf!... Lo mismo hubiera hecho con otro... ¡Por algo es esta la última noche del mundo! ¡Sí, señores, la última noche! Con esto quiero decir que debemos despedirnos de la vida con el alegre champagne que nos quitará las penas. *(En escena se hallan casi todos los personajes, exceptuando a doña Librada y don Acisclo.)*

TODOS. ¡A beber! ¡A beber! *(Llegan los Camareros, que se supone que dan copas de champagne. El teatro queda a oscuras por completo. Las mujeres, con las copas en alto, se colocan juntas, dejando en el centro a Esther. Dichas copas se iluminan interiormente y proyectan su claridad sobre el rostro de las mujeres.)*

ART. ¡Desgraciados!... ¡Deteneos! El mundo no termina. Todo ha sido una equivocación. *(Gran alegría.)*

ALI. ¿Y qué va a ser de mí?

ART. ¡Que te voy a destrozar!

SEM. No te importe nada. Yo no te abandono.

ALI. Dios te lo pague.

ART. Ni yo tampoco.

ALI. Gracias.

ART. «El Hada del Frío» dará para que vivamos como hermanos.

ALI. Entonces, ¡viva la vida, que hay que disfrutar por si morimos mañana!

TODOS. ¡Viva!

MÚSICA

TELÓN


EDITORIAL
SIGLO XX
MADRID